



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

*¿Qué hay en mente doctor Tapia?
(Semblanza de Ricardo Tapia Ibarquengoytia)*

ENTREVISTA DE SEMBLANZA

TRABAJO PERIODÍSTICO Y COMUNICACIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN
COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

CARLOS JAVIER PÉREZ GONZÁLEZ

ASESORA: LIC. YAZMÍN PÉREZ GUZMÁN



MÉXICO, 2008



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Introducción	4
¿Qué hay en mente doctor Tapia?	12
1. Soy Ricardo III, ¿y qué?	13
Torre blanca a alfil negro	14
Abra la boca y diga “aaa”	16
¿Y la familia qué?	17
Somos los niños cobras y hacemos buenas obras.....	19
¿Dónde quedó el cromosoma X?	22
El doctor Tapia y sus dos Tapitas	23
Química, simplemente química	27
2. Goya, goya, doctor Tapia.....	30
Yo quiero ser como mi papá.....	30
¿Bueno? ¿Se encuentra el doctor Tapia?	33
Es usted un hijo de.....	34
El peor examen de la clase	35
Mente de fisiólogo	36
El primer pie puesto en un laboratorio de investigación	37
Un recién nacido gordo, gordo, gordo.....	40
¿Me puede repetir la respuesta?	42
“La ciencia no es más que una y es universal”	44
Crónica de un doctorado anunciado.....	47
Un impulso por el cerebro	49
Enseñar: compromiso de la investigación	50
Pioneros en sesión.....	52
LIBB: Ingenio desde el primer momento	58
Lo hecho en México está bien hecho.....	61
Un ultra universitario confeso	62
3. Gajes del oficio	81
Al doctor con cariño	81

Reconocimientos	83
Toc, toc, ¿está el doctor en casa?	87
Frenando con motor	92
Divulgación: necesaria para la vida cultural	94
Reflexiones de bioética	95
Entrevista con Julio Scherer	96
Secundo la moción	97
4. Clorinda Arias. A pesar de las coincidencias, hay diferencias	101
¿Médico? No se preocupe, nadie es perfecto	101
“El encuentro con Ricardo marcó mi trayectoria académica”	104
Il preferiti	105
La puerta siempre abierta	107
La amenaza de la bata blanca.....	108
¡En esta esquina..!	109
¿Es eso goma de mascar? —No profesor (pop).....	110
Legado	111
5. Pasantes y Tapia ¿vidas paralelas?	113
Encantada, joven Tapia	114
Pásame la dos.....	115
¿Puede comenzar mañana?	115
¿Usted qué opina?.....	116
Sacré bleu.....	118
N. R. D. A.	119
¿Qué va a hacer?	119
Epílogo	123
Fuentes de consulta	126

Introducción

Era el domingo de 20 de mayo de 2007, un investigador me había invitado a conocer el laboratorio donde realizaba su rotación de ese año. Aunque habla un español muy entendible, el correo electrónico con las instrucciones para llegar al Instituto de Fisiología Celular (IFC) estaba escrito en inglés. El idioma no fue el problema (desde joven lo hablo con cierta soltura), sino la precisión de las instrucciones.

Por ser domingo, el único acceso abierto era el de avenida Universidad. Pasando la Facultad de Medicina debía tomar el segundo retorno, en realidad era el tercero (ese era el error de las instrucciones). He recorrido muchas veces la Ciudad Universitaria, pero siempre a pie o en el PUMABUS, era la primera vez que entraba a CU con mi coche. El camino se ve diferente tras el volante. Después de veinte minutos de manejar buscando un norte, encontré el IFC. Ya dentro, me mostró el laboratorio, su distribución, los aparatos, las computadoras y el cuarto frío. Trabajaba en canales de calcio, hacía quimeras, ese día pipeteó en unos tubitos algo que, de momento, no entendí muy bien qué era.

En otra ocasión, en octubre de ese mismo año, nos citamos en el Celtics de Plaza Loreto. La plática fue acerca de trivialidades y el amigo en común por el cual nos conocimos. Mi curiosidad nos devolvió a los temas de investigación biomédica que comencé a conocer a través de él. Datos, descripciones y anécdotas que a cada día me maravillaban más. Así fue que en la charla mencionó al doctor Tapia.

—¿Quién? —pregunté yo.

—Ricardo Tapia, el jefe de neurociencias —me respondió— también está en 'físio'.

—Neurociencias. ¡Qué interesante! —me sorprendió pensar que ese hombre debe tener respuestas a preguntas que yo siempre me he planteado— pero, ¿quién es en realidad Ricardo Tapia?

Días después partí hacia Europa, durante el vuelo a París la charla seguía viva en mi mente. Al llegar a Milano pensé que debía hacer algo al respecto. En Assisi conocí a cuatro médicos de mi edad, tres mujeres y un hombre que hacían la última rotación de sus especialidades en un hospital de Toledo, mi inquietud por acercarme a las ciencias creció. En Firenze se me ocurrió que una semblanza de un científico sería la mejor manera de canalizar mis inquietudes aprovechando mi formación de comunicólogo y periodista. En el tren de Madrid a Barajas decidí buscar a Yazmín Pérez para pedirle asesoría y ayuda para responder la pregunta: ¿Quién es, en realidad, Ricardo Tapia?

Los datos, nombres y anécdotas que conforman la respuesta de esta interrogante están integrados y plasmados en esta semblanza que se presenta organizada en cinco capítulos: en el primero se habla de la vida familiar del doctor Tapia; en el segundo de su formación y la vida académica en la UNAM; durante el tercero se repasan los logros cosechados por la trayectoria profesional y las actividades que aún desarrolla; en el quinto se ofrecen la perspectiva y las anécdotas de la doctora Clorinda Arias; finalmente, en el quinto capítulo, las de la doctora Herminia Pasantes.

Sentemos las bases. La importancia del doctor Ricardo Tapia Ibargüengoytia como pionero, así como su trabajo de investigación, son enormes para la comunidad científica internacional debido a que la constancia en sus actividades le ha permitido realizar avances en el estudio de padecimientos neuronales como la epilepsia, el Alzheimer y el mal de Parkinson. Es preciso conocer más a fondo la personalidad del doctor y sus reflexiones, ya que él considera al conocimiento científico como un importante factor de transformación social. Vayamos por partes.

Ricardo Tapia Ibargüengoytia nació en el Distrito Federal el 6 de febrero de 1940. Es médico cirujano egresado de la Facultad de Medicina de la UNAM en 1963 con doctorado en Bioquímica, otorgado por la Facultad de Química de la misma institución en 1969.

Entre los numerosos reconocimientos a su trabajo ha recibido el de la Academia de la Investigación Científica que le otorgó la Academia Mexicana de Ciencias (AMC) en 1976.

Alcanzó el grado de Investigador Nacional (IN) nivel 3 en 1984; es IN Emérito desde 2000 e IN de Excelencia desde 2003, todo dentro de los programas del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Cabe mencionar que el SNI fue creado por un acuerdo presidencial publicado en el Diario Oficial de la Federación el 26 de julio de 1984 para reconocer la labor de las personas dedicadas a producir conocimiento científico y tecnológico. El reconocimiento se brinda tras una evaluación y consiste en otorgar el nombramiento de Investigador Nacional. Esta distinción simboliza la calidad y prestigio de las contribuciones científicas. A la par del nombramiento, se otorgan incentivos económicos a través de becas cuyo monto varía con el nivel asignado.

Ricardo Tapia obtuvo el Premio Universidad Nacional en Investigación en Ciencias Naturales en 1985, galardón que busca reconocer a los universitarios destacados en la docencia y la investigación, así como la extensión de la cultura.

El doctor Tapia recibió el Premio de Investigación en Epilepsia SSA (Secretaría de Salubridad y Asistencia) en 1991. En el año de 1992 ganó el Premio Rosenkranz que otorga el laboratorio Roche Syntex de México.

De los años 1994 al 2002 su labor docente fue reconocida como Cátedra Patrimonial de Excelencia Nivel I por el Conacyt.

En 1996, durante el rectorado de José Sarukhán, la UNAM lo nombró Investigador Emérito. En 2002 ganó el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

Respecto a su trabajo editorial, durante ocho años fue *Executive Editor* de *Neurochemistry International*, y miembro del *Editorial Board* de *Journal of Neurochemistry*, *Neurochemical Research* y *Archives of Medical Research*;

además de ser conferencista magistral en varios congresos y simposios nacionales e internacionales.

Entendamos la esencia de sus investigaciones. Es necesario saber que la Bioquímica es el estudio de la vida a un nivel molecular. Ahondemos: es la química de la vida y salva el hueco existente entre la química que estudia las estructuras y las interacciones de los átomos y de las moléculas y la biología que estudia las estructuras y las interacciones de las células y de los organismos. La importancia radica en que la vida en su nivel más básico es un fenómeno bioquímico.

Así es como Ricardo Tapia ha logrado ser un neurocientífico, como él mismo se define, al estudiar los neurotransmisores, que son biomoléculas cuya función es transmitir impulsos nerviosos a través de las sinapsis (uniones) entre ciertos tipos de células nerviosas. El neurotransmisor con el que ha trabajado la mayoría de sus investigaciones es el aminoácido GABA que fue identificado en el cerebro en 1950 y es el mayor neurotransmisor inhibitorio en el cerebro mamífero, se forma por la descarboxilación del glutamato, una reacción catalizada por la enzima glutamato descarboxilasa.

El método para abordar la vida de Ricardo Tapia fue la entrevista, que se define, pecando de obviedad, como una conversación que se realiza entre un periodista y un entrevistado; entre un periodista y varios entrevistados o entre varios periodistas y uno o más entrevistados. A través del diálogo se recogen noticias opiniones, comentarios, interpretaciones, juicios.

Definitivamente la entrevista fue la mejor manera para obtener de boca del doctor tanto la confirmación de los datos que se pueden encontrar acerca de él en cualquier publicación del ámbito de la investigación y páginas de Internet, así como aquellos que pocos conocen pero que también son importantes para tener una imagen completa de él. La variante utilizada fue la entrevista de semblanza que no es necesariamente noticiosa pero cumple su función en la medida que transmite, junto con opiniones sobre distintos temas, el mundo interior de Ricardo Tapia.

Lo que se busca en este trabajo es ofrecer un retrato del personaje, no tanto a través de respuestas que ocupen la mayor parte del texto, sino con una dosificada combinación de comentarios propios, rasgos que se han obtenido de otras fuentes y opiniones suyas que se intercalan en el resto del escrito sin que apenas aparezca la formalidad de las preguntas.

La redacción final de la entrevista ha resultado, además de interesante, atractiva y entretenida porque busca captar el carácter, las costumbres, el modo de pensar, los datos biográficos y las anécdotas de Ricardo Tapia para hacer de él un retrato escrito que puede compararse con un mural, como los que hay en Ciudad Universitaria, donde se plasman imágenes tanto de una familia mexicana con tradición científica, como de sus perfiles. Además de contextualizar con los momentos del país, la sociedad y las instituciones que le han visto durante estos casi 69 años de vida.

Esos rostros, lugares, objetos y eventos que habrán de pintarse con palabras darán al lector una idea, tan completa como sea posible, de quién es y cómo piensa Ricardo Tapia Ibarquengoytia, de tal manera que al describirlo con exactitud, sin necesidad de las imágenes (como tales) el receptor sienta estar viendo al doctor en persona.

El valor del trabajo que aquí se presenta radica en que es útil para la sociedad conocer el perfil y acercarse un poco más a uno de los científicos que trabajan en pro de la calidad de vida de esa misma sociedad. Tiene mayor importancia el conocer aspectos personales, sin rebasar los límites éticos, por su puesto, de personas que dedican su vida a la búsqueda de conocimientos a través de la investigación científica (porque de otra manera jamás se conseguirían), que saber de los personajes a los que los medios masivos de comunicación dedican tiempo desmesuradamente para atraer la atención de las masas que con morbo atienden gustosos a tales embutidos de pseudo información.

Es triste ver el fenómeno en el que los personajes dedicados al entretenimiento ya no sólo abarcan las secciones de espectáculos sino incluso se habla de

ellos, sus desfiguros y excesos en las secciones que antes eran exclusivas para hablar de personajes político, de la industria y la economía, relegando los datos que tienen que ver con ciencia y científicos a espacios mínimos que los presentan como curiosidad o dato peculiar para conversar en la sobremesa cuando en realidad se desconoce casi todo de ellos y su trabajo por mera y soberana ignorancia.

Conocerles, entenderles y valorarles gradualmente les facilitará su labor ya que, por ejemplo, los legisladores y administradores de instituciones gubernamentales que deciden los presupuestos con los que cuentan para sus investigaciones, difícilmente conocen de ellos más que las acotaciones de los documentos que firman sin un conocimiento teórico suficiente acerca de esos proyectos y mucho menos de las trayectorias y los logros de los científicos, lo cual es más lamentable porque eso habla de carencia cultural 'institucional'. Afortunadamente se puede exentar de tal falla a instituciones cuya única función es la investigación y el desarrollo de los científicos como el Conacyt: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

Así, el objetivo de este trabajo de titulación es presentar un lado humano del quehacer científico de investigación en la UNAM a través de una semblanza del doctor Ricardo Tapia, misma que busca participar en la sana y enriquecedora actividad que representa el periodismo de divulgación de la ciencia, a través de la divulgación del perfil de un valioso científico.

Debo aclarar que cuando se habla de periodismo científico se incurre en una falta que Yazmín Pérez Guzmán señaló oportunamente en 1988 a través de su tesis de licenciatura: *La trascendencia de la formación de divulgadores científicos: el caso de la prensa escrita*. Ella afirma: "no puede ser un género ya que éstos no se clasifican de acuerdo con la fuente que se cubre, sino de acuerdo al estilo en que están redactados",¹ porque eso implicaría que el periodista procediera de acuerdo con un método científico. Yazmín Pérez aclara que no es un género periodístico, sin embargo, sí utiliza los géneros

¹ Yazmín Pérez Guzmán (tesis), *La trascendencia de la formación de divulgadores científicos: el caso de la prensa escrita*, p.8.

para la información de ciencia. Obviamente tiene a la ciencia como su fuente de su información, pero no existe un método científico periodístico como tal. Lo correcto es decir periodismo de divulgación de la ciencia cuando sea el caso.

Aunque los ingresos de los medios masivos de comunicación difícilmente apuestan a la divulgación de la ciencia, a menos que se trate de los que están inmersos en ese ambiente y dedicados única y exclusivamente a un reducido universo de receptores, los medios comunes que otorgan espacio en sus secciones lo hacen para facilitar la integración de la ciencia y la tecnología a la cultura general, evento que constituye un puente entre los cerrados y herméticos centros de investigación y la opinión pública.

Cuando se logra un espacio formal dentro del periodismo para la divulgación de la ciencia, el contenido establece un campo específico de la cultura como materia de trabajo cuyo valor informativo está marcado por el hecho de permear la humanidad con la llamada revolución científica y tecnológica, de igual manera, el sentido opuesto nos lleva al mismo punto porque la ignorancia y la falta de acceso a la educación enfatizan también la importancia del periodismo de divulgación de la ciencia.

Evidentemente la curiosidad por el conocimiento científico muchas veces es escasa. Las masas lo reciben en la escuela a regañadientes. Lo atienden en los medios sólo quienes poseen cierta formación y quienes no cuentan más que con la educación básica procuran evitarse la pena porque normalmente no entienden más allá de lo que sus limitados recursos les permiten porque no conocen ni siquiera el contexto en que se desarrollan las investigaciones científicas ni a quienes las realizan.

La divulgación de la ciencia debe ser tarea común del científico y del periodista, así como la búsqueda de la verdad y de la novedad. En las dos profesiones priman ciertas cualidades humanas como son la curiosidad, la capacidad de observación, el espíritu crítico y el rigor dialéctico.²

² Egudazu Bollegui, (Tesis) *El periodismo y la divulgación científica Caracterización, finalidad y perspectiva*, p. 2.

Por eso la valía de la labor que busca cerrar el abismo entre el hombre de ciencia y el hombre común, no sólo por parte del periodista de divulgación de la ciencia que valora, exalta y subraya la grandeza y trascendencia de la investigación científica y el papel que el investigador científico desempeña en el mundo actual y el que está llamado a desempeñar en el futuro, sino también por el periodista común que, sin necesidad de ser especialista en tales temas, puede ayudar a la sociedad para entender que se trata de personas normales pero con compromisos profesionales muy específicos.

¿Qué hay en mente doctor Tapia?

Amplios y limpios pasillos conducen a los laboratorios que se distribuyen en los tres niveles del Instituto de Fisiología Celular de la UNAM. Por esos pasillos los jóvenes estudiantes caminan con discreción, generalmente en silencio. También se ven personas, algunas de ellas ya de edad, que saludan con amabilidad a todo el que pasa sin importar si pertenece o no al Instituto. En un extremo del pasillo norte, en la planta alta, se encuentra una de las oficinas que ocupan los investigadores titulares. La puerta siempre se encuentra abierta, tratándose de una institución como la UNAM, eso habla de disposición por parte de quien la ocupa, de certezas para los estudiantes. La puerta que se abre sólo a tres cuartos es detenida por un tope negro que todos los vecinos de este edificio deben conocer bien. A través del marco lo primero que se observa es el borde de una mesita cuya redondez es posible precisar sólo tras escudriñar las pilas de libros que uno sobre otro se integran como las células al formar tejidos. Ya en el umbral es posible ver ese tejido que se extiende por todas las superficies y huecos disponibles.

Sentado al escritorio, con la mirada fija en el monitor y con una concentración tal que le impide entender desde la primera vez a quién le habla, se encuentra el doctor Ricardo Tapia Ibarquengoytia. Un médico de carrera, neurocientífico de profesión y con la fisiología como pasión. Es investigador, docente, asesor, tutor y amigo para los distinguidos. Un hombre que tiene claro el compromiso con los estudiantes que, como él, gozan de una actividad que, más allá de brindar satisfacciones personales, trae consigo beneficios a toda la humanidad: la investigación científica.

Sabe de su importancia y la de su trabajo, quizá nunca la olvida. Está consciente de la autoridad con la que cuenta y no duda para aplicarla. Es amable en su trato pero su interlocutor necesita convencerle de que es alguien con suficientes conocimientos para romper su silencio y lograr comenzar un diálogo.

1. Soy Ricardo III, ¿y qué?

Ricardo Tapia Ibargüengoytia nació en la ciudad de México el 6 de febrero de 1940. A pesar de ser hijo y nieto de otorrinolaringólogos destacados considera que la suya era una familia típica de clase media, culta, con una vida familiar bastante estrecha, tanto que respetaban todas las formas, entre ellas la de heredar el nombre al primogénito, tanto así que al día de hoy puede contar cinco Ricardos Tapia, él pertenece a la tercera generación.

Otra herencia por derecho parecía ser la medicina. En el medio es bien sabido que su abuelo fue médico otorrinolaringólogo, al igual que su padre. Ambos, destacados miembros de la Academia Nacional de Medicina, a la que Ricardo también ingresó años después. Sin embargo, después de todos estos años confiesa que entró a la ANM para darle gusto a su padre porque tanto él como su abuelo fueron miembros. En más de una ocasión, el doctor Tapia Acuña le insistió “a ver” si entraba a la Academia, quizá un poco preocupado porque su hijo había decidido nunca hacer clínica como médico, finalmente no hubo ningún problema para entrar y se salvó el honor de la familia.

La personalidad y el desarrollo de los individuos suelen estar determinados por el contexto familiar, más aún en sociedades tradicionalistas (hasta cierto punto) como la mexicana. Esa curiosidad me llevó a poner este como el primero de los temas que se tratarían en las tres entrevistas que el doctor Tapia me concedió en su oficina del IFC.

— ¿Qué puede decir del núcleo familiar Tapia Ibargüengoytia?

—Mi padre era más severo que mi mamá ciertamente, pero nunca sentimos educación férrea, así tremenda, no.

Su mamá, Beatriz Ibargüengoytia de la Parra estudió hasta secundaria, trabajó antes de casarse y luego se dedicó a la casa. Su papá fue jefe del pabellón de otorrinolaringología del Hospital General por muchos años, hasta que lo jubilaron en contra de su voluntad, él no quería, pero lo jubilaron. La entrega

del doctor Tapia Acuña le permitió realizarse como el primer broncoesofagoscopista del país. Nuevamente un logro importante para los Tapia:

—Hizo una gran labor ahí —afirma— mi papá fue muy reconocido.

Torre blanca a alfil negro

De los abuelos maternos sólo permanece en la memoria el nombre de Samuel Iburgüengoytia. De los paternos, a ambos: ella era María Carlota Acuña y él, como si hiciera falta decirlo, Ricardo Tapia Fernández. Con él recuerda haber tenido poca convivencia porque lo visitaban poco como familia. Las veces que le trató de manera individual fueron para jugar ajedrez. A Ricardo le comenzó a gustar este juego cuando estaba en preparatoria, tiempo después se apasionó bastante. Los partidos no eran sencillos, demandaban además de mucha concentración, otro tanto de paciencia:

—Mi abuelo era una persona de casi ochenta años, para mí resultaba pesado jugar ajedrez con él porque se tardaba en cada movimiento —confiesa sobando su frente.

—Qué privilegio, tener a un médico tan destacado en sesión privada — comenté ingenuo, pero fui rebatido al instante.

—Las visitas eran por los partidos de ajedrez, casi nunca hablábamos de otra cosa—insiste— iba expresamente a jugar con él, es uno de los recuerdos más cercanos, pero desde un punto de vista profesional, con mi abuelo nunca tuve plática ni cosa que se le pareciera.

Fue durante la primera entrevista que realicé al doctor Ricardo Tapia cuando se enteró del tema con el que su abuelo, el doctor Tapia Fernández, ingresó en 1913 a la Academia Nacional de Medicina, fue un trabajo acerca de las otitis medias supuradas. Ante tal dato responde con un leve gesto de sorpresa que de la labor de su abuelo nunca se enteró mucho, salvo que fue muy destacado e introdujo la broncoscopia y la esofagoscopia en México, procedimientos con los que su padre trabajó también.

Aunque los matrimonios de los ‘tatas’ con las mamás grandes se celebraron ya en la ciudad de México, con las abuelas ocurrió una peculiaridad que provocó una confluencia de sangre zacatecana en los Tapia Ibargüengoytia. Ricardo lo cataloga como una curiosidad:

—La familia de mi mamá era de Zacatecas, de Fresnillo, aunque mi mamá nació en México y, curiosamente, mi abuela paterna era de Zacatecas, fue una coincidencia.

Debió ser difícil para la familia De la Parra alejarse de las aguas del fresno para migrar al Valle de México porque es una pena que ellos, al igual que los Acuña, se alejaran de la tradición minera que salpica a todo el estado con esas vetas donde quizá encontró inspiración el mismo paisano Manuel M. Ponce. Pero afortunadamente Ricardo Tapia Ibargüengoytia tuvo la oportunidad de conocer su preciada arquitectura y su vasta cultura, arte e historia como la innegable liga con Sor Juana Inés de la Cruz:

—Conocí Zacatecas apenas hace como quince años y ya no había ninguna relación con familiares ahí. Todos emigraron al D.F. y cuando nací ya se había perdido toda relación con los parientes en Zacatecas.

Los Tapia Fernández quizá no conocieron el “asado de boda” pero sí la barbacoa que debió ser preparada afanosamente por los peones hasta que aquel movimiento histórico del país trajo lo inevitable:

—Mi abuelo era de Hidalgo, tenía un rancho pero nunca supe mucho de esa propiedad, excepto que se perdió en la Revolución.

Abra la boca y diga “aaa”

Ricardo Tapia Acuña en verdad tenía la voluntad de ver realizado a su hijo como otorrinolaringólogo y en cuanto sintió que había llegado el momento lo invitó a participar en el consultorio. Cuando el joven Ricardo ya estudiaba

medicina al final de la década de los años 50, ocasionalmente, ayudaba a su padre en algunas de las operaciones que llevaba a cabo en su consultorio, sobre todo broncoscopias y esofagoscopias que se hacían todavía con tubos rígidos tremendos, era difícil meterlos en el esófago. Ahora estos procedimientos ya se realizan con la fibra óptica flexible con luz en la punta.

Tras las vueltas que dio la vida y la decisión tomada por Ricardo Tapia Ibargüengoytia que lo llevó por un camino diferente, la herencia de su padre se volvió un patrimonio digno de ser compartido con la sociedad. Cuando Tapia Acuña murió, la familia donó el sillón de su consultorio y parte de su material, entre ese, los esofagoscopios impresionantes de tubo rígido. El homenaje se realizó en un espacio dedicado a él muy dignamente, se inauguró una sala de otorrinolaringología en el Museo del Palacio de Medicina en 1995, un año después de la muerte del doctor Tapia Acuña.

¿Y la familia qué?

Don Ricardo y doña Beatriz se juraron permanecer en matrimonio en lo próspero y en lo adverso. Afortunadamente esta pareja tuvo más prosperidades que adversidades, porque el primogénito fue seguido por cuatro regalos más.

—Tengo cuatro hermanos —relató el doctor Tapia en entrevista— somos cinco en la familia. Soy el mayor, después de mí sigue mi hermano Fernando que es arquitecto y se ha dedicado casi toda su vida a hacer canchas de tenis.

Fernando Tapia no compartió con los tres Ricardos el gusto por la medicina, pero sí con los dos últimos la pasión por el deporte. Hablando de la vida familiar, jugaban tenis con regularidad y como marcaba la estrella del otorrinolaringólogo, éste volvía a destacar, Ricardo padre fue campeón nacional de tenis durante siete años, en ese tiempo no hubo quien le ganara en

México, jugó Copa Davis, inclusive. En su casa no podían faltar las tres raquetas listas para las visitas al Deportivo Chapultepec. Al paso de los años y tras la elección de carrera, Fernando tuvo que hacer ajustes para satisfacer ambas facetas. Estudió arquitectura, pero por un tiempo se dedicó mucho más al tenis, al grado de ganar un torneo internacional. Finalmente encontró el punto medio, se ocupó en la construcción de canchas de tenis, en los últimos veinte años, literalmente ha hecho cientos de canchas en todo el país.

Las mujeres no quisieron quedarse atrás y reclamaron su derecho de multiplicarse y legar un nombre con la llegada de Beatriz. Ella no tuvo interés por la medicina o el tenis, trabajó en un banco e hizo otras cosas hasta que encontró lo que le llena, ahora se dedica a las bienes raíces.

Para secundar la moción, pero con cierto concilio con el padre y el primer varón, llegó María Antonieta quien estudió enfermería, pero sólo permaneció entre pacientes hasta el momento en que vio satisfecha su aspiración, cuando se casó dejó de trabajar como enfermera profesional.

Para rematar el clan, un miembro de quien, aseguran los amigos, el doctor Tapia se siente muy orgulloso:

—Llegó finalmente el hermano más pequeño, Mauricio, a quien le llevo doce años. Estudió física aquí en la UNAM —Ricardo suele platicarlo con un orgullo que no sólo parece de hermano mayor, sino también de universitario— es investigador en la UNAM, en astronomía, él está en el Instituto de Astronomía de Ensenada.

Aunque el campo del otro doctor Tapia es diferente, también tiene su mérito, hizo su doctorado en Edimburgo, Escocia, porque cuando decidió cursar un posgrado aún no los había en astronomía en México. El esfuerzo rindió fruto, cuando regresó a México le dieron una plaza de investigador en la sede de Ensenada que arrancaba en ese momento el Instituto de Astronomía de la Universidad Nacional. Todos juntos tuvieron momentos muy agradables en un ambiente familiar que además compartían con amigos del padre en viajes

cuando tenían la oportunidad, era la generación 27 de medicina. Ricardo Tapia Ibarguengoytia desde muy niño y hasta la fecha disfruta mucho viajar, así lo recuerda:

—Era muy bonito porque iban todas las familias con los hijos —en particular quedó en la memoria un viaje a Oaxaca que fue de sus favoritos— yo tenía diez u once años y, sin embargo, tengo algún recuerdo, era muy bonito, eso ayudaba mucho a la cohesión familiar.

En esas excursiones el trato era cordial entre todos los invitados, pero nada trascendió para Ricardo. De las familias, se conocían muchos de los hijos, sin embargo, nunca hizo amistad con alguno de ellos. Prefería el trato con los compañeros de secundaria con quienes se relacionaba más bien para ir a los conciertos. De todos ellos el que ha permanecido más tiempo es un arquitecto que se llama Luis Mariano Acévez, al resto de amigos les ha perdido la pista. De los que son o fueron amigos cercanos, lejanos o incluso ya olvidados de la juventud ninguno compartió el gusto por las ciencias, todos tenían perfiles diferentes.

Somos los niños cobras y hacemos buenas obras

La niñez de Ricardo Tapia fue la que correspondía a una familia pudiente de la época, estudió primaria y secundaria en escuela de jesuitas, en el Instituto Patria. Adentrándose en la juventud surgió un descubrimiento que cambió todo e incluso definió una parte fundamental de su vida.

—Cuando yo estaba en la secundaria, un compañero de la escuela me dijo un día que estar en los *scouts* era muy padre.

El joven Ricardo vio la oportunidad de dar rienda suelta a su gusto por el campo, así que el asunto le llamó la atención y se incorporó como *scout*. En realidad, la experiencia se dividió en dos etapas: la primera, esa vez que estaba en la secundaria y la segunda, cuando iniciaba la carrera de medicina y con nuevo compromiso con la tropa:

—Después que crecí, participé en la jefatura de los grupos —nuevamente una oportunidad para las experiencias al aire libre— lo que más disfrutaba era el campo, las excursiones.

Cuando ya fue mayor de edad, hizo varias ascensiones a los volcanes: al Popocatepetl, seis o siete veces; una sola vez hasta el labio mayor y al Iztaccihuatl llegó hasta la cabeza y el pecho, a ambos en distintas ocasiones. Claro que también estaba presente el espíritu de compartir con los jóvenes, le gustaba trabajar con los niños cuando estaba de jefe de la manada de los lobatos.

Muchas lecciones de los *boys scouts* están relacionadas con la supervivencia y la existencia en armonía con el entorno, así lo practicaban en sus recorridos por parajes vírgenes que quizá ya no existen. Era una época en la que aún no existía la autopista a Toluca, sólo la antigua carretera, por ese rumbo eran las excursiones.

—Había lugares preciosos donde uno podía caminar sin problema —los ojos del doctor se iluminan cuando evoca la experiencia.

Las lecciones eran bien aprovechadas. Afortunadamente nunca tuvieron accidentes y todo solía transcurrir sin novedad, salvo la vez en que las cuentas no cuadraban: era un grupo de treinta niños, de siete a once años. En esa ocasión, llegaron al autobús y a la hora de contar, pues faltaba *fulano*. Estaba oscureciendo y aquellos viejos caminos difícilmente cedían tregua tras el ocaso. Se preocuparon mucho, el transporte era alquilado y había que devolverlo, la pasaron mal pero encontraron a tiempo al integrante que faltaba y finalmente todos volvieron felices a casa.

No es sólo una expresión, en verdad es un hombre que prefiere el optimismo al enfrentar cada experiencia, como lo recuerda la doctora Herminia Pasantes, actual investigadora emérita del IFC y, en aquel entonces, invitada al grupo de exploradores. Ella siempre gustó mucho de salir al bosque y caminar, por eso

también asistía frecuentemente a excursiones del grupo de *boys scouts* al que pertenecía el doctor Tapia. La doctora considera que, ante las adversidades, Ricardo era y, tal vez, sigue siendo un hombre que posee un optimismo verdaderamente impresionante.

— ¡A ver, algún día acepta que hoy nos fue mal —pedía la doctora en las jornadas negras— hoy nos llovió! ¡Nos perdimos y estamos llenos de lodo! ¡Hoy fue un mal día!

—No, porque eso les forma el carácter a los niños —sentenciaba su compañero de laboratorio sin ceder ni un centímetro al sentimiento de derrota.

Pasantes reconoce que siempre le buscaba algo bueno a cada experiencia, aunque también sabe que el tiempo nunca pasa en vano, ella cree que ese optimismo todavía lo tiene en algunos aspectos de la vida, no para otros. Por ejemplo: se enoja mucho cuando las cosas administrativas no funcionan bien para la investigación, también se molesta mucho y con razón, con los revisores de los artículos. Hay aspectos en los que ese carácter optimista que le duró muchos años ya se está deteriorando un poco.

La bióloga, y por algunos años condiscípula en el equipo de doctor Massieu, no sólo era invitada a gozar del campo, también acompañaba al doctor Tapia en otra de sus pasiones: las visitas a zonas arqueológicas. Ricardo es experto en el tema y él, de hecho, le ayudó a confirmar su gusto por esas visitas. Herminia Pasantes recuerda con agrado:

—Salíamos con frecuencia a ver esos lugares los domingos y la pasábamos muy bien.

Otra testigo de esa faceta es la doctora Clorinda Arias, actual investigadora del Instituto de Investigaciones Biomédicas (IIB), ex alumna del doctor Tapia:

—Sé que le ha gustado mucho viajar y estar en contacto con la naturaleza, es muy apasionado de los viajes.

Como buen explorador se las arreglaba para caminar terrenos nuevos para él, incluso más allá de nuestras fronteras. Relata Arias que en alguna ocasión fueron invitados a dar un curso a Tegucigalpa, Honduras: la doctora Pasantes, Lourdes Massieu, Ricardo y ella. Como el curso era de una semana llegaron en diferentes etapas. Cuando llegó Ricardo dio su tema el día que le correspondía y dijo:

—Me voy a Copal, es uno de mis pendientes en la vida, conocer las ruinas de Copal —y así lo hizo.

También se debe decir que es muy completo en ese sentido, siempre tiene su navaja suiza, aparentemente es una reminiscencia de cuando era *boy scout*, es feliz, siempre la carga al viajar.

¿Dónde quedó el cromosoma X?

A pesar de lo tradicional que solía ser la sociedad mexicana a mediados del siglo pasado en cuanto a los roles profesionales de hombres y mujeres, se podría pensar que en una familia donde el amor por la ciencia estuvo siempre presente, habría un juicio más amplio debido a la relación con el medio científico y que, por consiguiente, el contagio de ese gusto se daría casi en automático, pero en los Tapia el interés no se contagió a los miembros femeninos. Ellas quedaron al margen de las carreras de los varones.

Lo más cercano fue el caso de María Antonieta, la hermana que estudió enfermería y a la que le lleva seis años. Ricardo Tapia reconoce que ellas no fueron convidadas de los temas científicos y que una convivencia con ellos en ese papel, nunca la tuvieron en realidad. Quizá fue en cierta medida por el afán de discreción del doctor Tapia Acuña quien al quitarse la bata y cruzar la puerta de su casa dejaba todos los temas médicos fuera:

—Mi papá llegaba a la casa y no hablaba —asegura el doctor Tapia— salvo una ocasión se atrevió a hablar de un paciente: Pedro Armendáriz padre, el actor, con quien hizo cierta amistad. De repente mi papá sí comentaba de él.

—Supongo que ese caso excepcional jamás alteró las reglas de su padre — quise tener claro hasta dónde existía la división.

—Bueno —corrigió el doctor— no fue el único, único, pero de ese tipo eran las conversaciones que había desde el punto de vista médico en la familia. Mi papá era tremendamente discreto y muy serio en sus cosas, no mezclaba nunca nada.

El doctor Tapia y sus dos Tapitas

Actualmente los hijos de doctor Tapia: Ricardo y Adriana Tapia Parrilla son adultos y viven fuera de la ciudad de México. Aún podemos recuperar instantáneas de algunos momentos de ese núcleo familiar a través de quienes le conocieron bien como la doctora Arias:

—Él, con cierta frecuencia, hacía reuniones en su casa con la familia —su rostro expresa la ternura que le inspira recordar a los niños— sus hijos eran pequeños, cuando yo los conocí tendrían diez y doce años.

Ese gusto por el arte que se le conoce a Ricardo Tapia siempre ha convivido con su gusto por compartirlo. Le gustaba hacer reuniones en la tarde noche, de vez en cuando de tipo más cultural en donde se enseñaban fotos de algún viaje o se platicaba de literatura o de música. Aunque hace tiempo que ya no se hacen estas reuniones, Clorinda Arias las recuerda con una sonrisa que denota el gran sabor de boca que le dejaron.

La doctora Arias trabajó con el doctor Tapia desde inicios de su carrera de medicina y hasta varios años después de doctorarse. En ese tiempo tuvo la oportunidad de conocer bien esa entrega como padre, en simbiosis con su dedicación al laboratorio:

—Con los Tapia de la época en que yo los conocí fue sorprendente, de manera muy positiva, ver la relación con sus hijos.

— ¿Al doctor le era posible atenderlos a pesar de estar buena parte del día trabajando?

—Definitivamente. Ellos le llamaban al laboratorio para preguntarle la tarea y al mismo tiempo que resolvía algún problema de un experimento que no salía de la constante de afinidad de una enzima del cerebro, pasaba a resolver por teléfono, con mucha paciencia y dulzura alguna duda de la primaria de su hija.

La admiración por su maestro se complementó con las impresiones causadas por esas escenas tan propias de los seres humanos en su esencia social y, por supuesto, familiar. A Clorinda siempre le llamó la atención y le enternecía que, aunque la vida intensa de Ricardo Tapia transcurría en el laboratorio con lo que sus alumnos veían de él, tenía esta otra faceta cercana a sus hijos y muy familiar.

El núcleo familiar que el doctor Tapia procuró tener suena congruente con lo que él mismo compartió con sus padres y hermanos.

—Con sus hijos era una relación de cercanía, de ser paciente, de la presencia paterna —la doctora Arias detalla— escuchaba los comentarios de los hijos, ellos siempre han sido fundamentales en su vida, muy queridos por él.

La atención puesta por Ricardo Tapia en sus obligaciones como jefe de familia le llevaron a involucrarse bastante en la educación de sus hijos. Cuando ellos estudiaban la secundaria, el doctor, junto con otros padre de familia, fundaron una escuela. Su hijo fue compañero y amigo del hijo de Antonio Peña, quien es investigador emérito del IFC, y de Arturo, el hijo mayor de Alejandra Jaidar¹, la primera física mujer en México y en aquel entonces, investigadora del Instituto de Física. Es fácil imaginarlos cometiéndose tal empresa:

—Con ellos hicimos una secundaria con uno de los maestros disidentes de la escuela donde estaban nuestros hijos. Hicimos la escuela en todos sentidos —su risa es inevitable al pensar en ello— hasta físicamente: la pintamos.

¹ Dra. Alejandra Jaidar (1938-1988). Investigadora y divulgadora de la ciencia. UNAM.

Las inclinaciones del cuarto Ricardo y de Adriana fueron muy diferentes a las del padre y muy disímiles entre sí, por demás. Ricardo estudió Ingeniería Mecánica y Eléctrica aquí en la UNAM. Siempre le fascinaron los coches, durante su carrera trabajó en esa área. Luego entró a trabajar en *General Motors*. Tres años después de haber ingresado a una subsidiaria de GMC dedicada a hacer transmisiones automáticas para trailers y autobuses gigantescos, contrajo matrimonio y a los seis meses se mudó a Holanda. Los directivos de la empresa le hablaron de la conveniencia de trabajar en el extranjero, le ofrecieron tres lugares como opciones y decidió transferirse a La Haya donde vivió cinco años. Allá nacieron sus dos hijos. Hace poco más de dos años lo trasladaron a Indianápolis en la misma compañía que acaba de ser vendida a una transnacional canadiense. Como debe ser en una buena familia mexicana, el doctor es un abuelo muy orgulloso de sus descendientes y pendiente de ellos, ¿se podrá adivinar de quién en particular?

— ¡Ya va a cumplir cinco años!

— ¿Quién?

—El quinto Ricardo Tapia.

Adriana Tapia Parrilla no heredó la vocación científica, pero sí el gusto por las expresiones artísticas. Estudió diseño gráfico en la Escuela de Arte Gráfico, en la Ciudadela. No terminó la licenciatura porque entró a trabajar en una compañía de grabados. Aprendió el oficio y luego se mudó a Puebla. De ahí decidió, con su entonces compañero (se casaron años después de haber vivido juntos) ir a vivir al campo:

—Era un rancho absolutamente perdido en el norte de Jalisco. La ciudad más cercana de ahí, que se puede llamar ciudad, es Jerez, Zacatecas —al doctor le parece increíble lo aislado del rancho— tomaba hora y media llegar a Jerez por aquellos caminos.

Después de cinco años de retiro campirano, la pareja decidió avecindarse en San Miguel de Allende donde se dedica a los grabados profesionales y tiene una tienda donde vende joyas de plata.

Herminia Pasantes también fue testigo de la relación paterno-filial:

—Quería mucho a su hija menor Adrianita, ella siempre le pedía el biberón a su papá. Ricardo era muy complaciente con ella, consentidor, paciente. Con el niño supongo que también, pero sobre todo se le veía esa marcada actitud de paciencia y cuidado con la niña que era la menor.

La doctora recuerda que él frecuentemente se dedicaba a los niños en una época en la que no era normal que el papá ayudara a bañarlos y a darles la comida:

—Él se ocupaba de sus hijos, cuando menos sería durante el fin de semana porque los otros días tenía que estar en el laboratorio todo el tiempo.

Con hijos y nietos lejos lo único que le queda a Ricardo Tapia es aprovechar las visitas que les hace o le hacen y, en el *inter*, pensar en ellos y recordar pasajes familiares, como aquel cumpleaños de su hijita, él y su esposa idearon un regalo que era una cajita con una llave atada a una cuerda y ésta a su vez, llevaba a un cuarto que habían decorado.

— ¡Vaya regalo, una recámara! —la doctora Pasantes está convencida— esas cosas son bonitas cuando el ingenio brota del amor de padres.

Química, simplemente química

El siguiente es un tema muy delicado y quizá hasta difícil de tratar pero necesario para tener un retrato completo del doctor: su estado civil.

Para ello, hagamos una analogía entre la química y las relaciones de pareja. Imaginemos el enlace iónico² de dos elementos químicos, un metal y un no-metal: Ricardo Tapia Ibarguengoytia y Lila Parrilla. Un hombre que, aunque es consciente y respetuoso de la unidad familiar, es muy reservado, no expresa sus sentimientos más íntimos, a decir de sus amigos; y una mujer de mucha sensibilidad que demuestra su gusto por la actividad artística.

Ricardo y Lila se conocieron en los *boys scouts*, cuando apenas eran unos adolescentes. Se casaron en 1965, transcurrieron los años trayendo consigo alegrías, experiencias, hijos y logros profesionales. El doctor Tapia afirma que fueron muchos años de un matrimonio muy bueno pero luego ya no funcionó la relación.

Continuando con el ejemplo, pensemos que en dicho enlace hay una pérdida de estabilidad que libera al elemento no metálico cuando se siente atraído por otras fuerzas. Así lo vio la doctora Herminia Pasantes como compañera y amiga cercana al doctor Tapia:

—En cierto modo, uno podría pensar que es lógico, si él conoció a su esposa cuando ella tenía quince años y se casaron cuando ella tenía dieciocho y pues, de niña, no conoció a nadie —tras esas gafas gruesas que siempre le acompañan busca las palabras— cuando Lila tenía treinta quiso conocer otros aspectos de la vida y ser más independiente, pero creo que fue una muy buena esposa todo el tiempo que estuvieron juntos.

² Es la unión que resulta de la presencia de fuerzas de atracción electrostática entre los iones de distinto signo. Se dan cuando uno de los átomos capta electrones del otro. El metal dona uno o más electrones formando iones con carga positiva o cationes con una configuración electrónica estable. Estos electrones luego ingresan en el no-metal, originando un ion cargado negativamente o anión, que también tiene configuración electrónica estable. La atracción electrostática entre los iones de carga opuesta causa que se unan y formen un enlace.

El doctor Antonio Peña recuerda sus conversaciones con Ricardo:

—Él decía que en verdad no entendía, no veía lógica en el proceder de su esposa.

—El divorcio le afectó mucho —insiste Herminia Pasantes.

—Se le veía muy triste, sin duda alguna —Clorinda Arias agrega— pero siempre fue muy reservado en ese aspecto y el laboratorio no lo resintió.

Después de un periodo de separación, el matrimonio Tapia Parrilla se disolvió en 1984 con la firma del divorcio. Con el tiempo vino la calma, hoy en día los hijos visitan a su padre al igual que a su madre quien actualmente radica en Cuernavaca donde elabora joyería en plata.

Pero el destino dio la oportunidad a él de ser después como un elemento no metálico que encontró otro igual para formar un enlace covalente coordinado³.

—Me divorcié de mi primera esposa pero me volví a casar hace unos años, en 1998 —Ricardo habla con mesura, se cuida mucho al tratar su vida personal, sin embargo, es innegable el entusiasmo que le inspira su actual esposa, como un nuevo elemento químico que vino a renovarle, de acuerdo con la analogía— se llama María Eugenia Pérez Correa. A ella sí la conocí en ciencias, fue directora del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) en el Conacyt donde trabajó veintitantos años. Se acaba de jubilar...

A juicio de Ricardo Tapia, matrimonios y divorcios no distinguen carreras, piensa que las relaciones emocionales, incluso de pareja y de matrimonio, no se dan por quien se es profesionalmente, asegura que esa es otra historia.

—Con mi esposa actual sí hay más relación en ese sentido porque ella trabajó muchos años en el Conacyt —reconoce los antecedentes— de hecho ahí nos conocimos cuando ella llevaba lo de los posgrados, luego ya fue directora del SNI.

³ Es el enlace que se produce cuando dos elementos no metálicos comparten una pareja de electrones, pero dicha pareja procede solamente de uno de los átomos combinados.

El nuevo enlace ha sido revitalizante para el doctor a los ojos de Arias quien lo ve muy feliz:

—María Eugenia es una mujer muy inteligente, tiene mucho sentido del humor y eso mantiene muy fresca la relación entre ellos. Se ven muy contentos.

—A veces está enojadísimo porque esto y aquello —Pasantos no quiere perder la oportunidad de detallar el cuadro— oigo que suena el teléfono y contesta, si le habla su esposa ¡uh! Se pone como dulce.

2. Goya, Goya, doctor Tapia

Los pasos que Ricardo Tapia ha dado dentro de la UNAM siempre han rendido frutos valiosos como las aportaciones a la ciencia y a la institución que lo formó. Todas esas experiencias potenciaron la herencia otorgada por su padre y su abuelo como especialistas de la profesión médica y alimentaron su amor por la ciencia, un sentimiento que busca contagiar a toda costa. Por fortuna, los contagiados son muchos y la UNAM puede contar, como lo hago en éste capítulo, parte de su historia a través del doctor Tapia y sus compañeros universitarios.

Yo quiero ser como mi papá

La profesión médica era un asunto que, sin ser imposición, tampoco fue tema de debate. Ricardo Tapia nunca dudó que sería médico, no consideró otra profesión, confiesa que no sabe por qué, supone que fue debido a la insensible pero constante influencia de su padre y su abuelo.

—No es que mi papá me dijera de cosas, sino como que era lo que tenía que hacer, sin presiones y sin nada, por supuesto.

También el interés por aportar conocimientos a la ciencia tuvo ejemplos en la familia Tapia con su padre, quien hizo investigación clínica acerca de técnicas para cirugía. Es importante la aclaración porque, como se verá después, en la vida del doctor Ricardo Tapia hijo, se distingue claramente entre la investigación clínica y la experimental de laboratorio, aunque la finalidad de ambas siempre es la misma: compartir la utilidad de esos ejercicios con los colegas.

En su caso, el doctor Tapia Acuña publicó sus trabajos sobre procedimientos quirúrgicos en importantes revistas de otorrinolaringología. Con la experiencia

no sólo logró la perfección de la técnica, también alcanzó la innovación al diseñar un método de traqueotomía.

Cuando el papel fue insuficiente para transmitir la idea, el filme salió al rescate. Ricardo Tapia padre tenía una cámara Rolex de 35 milímetros, maravilla tecnológica de hace casi medio siglo, filmaba sobre rollos de tres minutos de duración. Un bello artefacto con tres lentes porque, claro, no había *zoom* entonces y había que girar un revólver formado por el trío de cristales. Este aparato que el doctor recuerda recreando la forma con sus manos para dar la idea de cómo la sostenía, se sumó al instrumental quirúrgico tradicional y ayudó a su padre para registrar y transmitir sus operaciones:

—Yo las veía ocasionalmente cuando estaba estudiando medicina y se las enseñaba a mis amigos.

— ¿Qué ocurrió con la cámara?

—Ahora mi hijo la tiene. Es una antigüedad verdaderamente.

El otorrinolaringólogo vio con muy buenos ojos que su primogénito optara por la medicina, tenía la ilusión de que se dedicara a la misma especialidad. Era una oportunidad de continuar con sus esfuerzos, así lo vio Ricardo hijo en el tiempo que creyó que era lo que debía suceder. De no haber cambiado su área de trabajo, él se hubiera quedado con el consultorio y la clientela y hubiera aprendido directamente de su padre, mucho más de lo que le aprendió con la ayuda que en ocasiones le brindaba en su consultorio del Hospital General, donde él era el jefe de *otorrino* y como titular del pabellón tenía mucha ingerencia en la enseñanza. El doctor Tapia aprovecha tocar el tema para hacer un reconocimiento:

—El Hospital General ha sido el hospital universitario por excelencia, luego entró el seguro (IMSS) y el ISSSTE, pero ese Hospital General, aunque nunca se ha llamado Hospital Universitario, en esa época (años 50 y 60) lo era.

En su oportunidad, él mismo tomó varios cursos ahí, al igual que en el Instituto de Cardiología y en el Hospital Juárez.

Aunque era innegable el entusiasmo que el doctor Tapia Acuña depositaba en su hijo como médico, siempre fue muy discreto en ese sentido, nunca hubo una plática concreta, sin embargo, lo que su hijo aprendió de él fue anteponer a todo la responsabilidad, el cuidado y el rigor:

—Él era un médico extremadamente cuidadoso como profesional de la medicina y trataba muy bien a sus pacientes desde el punto de vista humano.

Su carisma y calidez eran rasgos apreciados por sus colegas y pacientes, aunque estos últimos pagaban los usos de la época, los hacía esperar mucho tiempo antes de atenderlos porque nunca programó sus citas, en esa época no se acostumbraban. El doctor llegaba a su consultorio y el orden de llegada de los pacientes era el de atención, a veces los hacía esperar hasta hora y media. Pero vaya que han cambiado las cosas, en esta época no se concibe acudir con el médico sin cita previa. Claro que ocurría lo mismo con cualquier consultorio de cualquier especialidad, pero era la costumbre, era otro tiempo muy diferente al actual.

La gente que acudía a consulta no se salvaba de la espera maratónica ante la puerta con la placa que anunciaba: Dr. Ricardo Tapia A., pero detrás de ella tampoco se salvaban de tener a un médico muy dedicado a ellos, favor que era correspondido:

—Los pacientes lo querían mucho, mucho, porque siempre los trataba como yo creo que los médicos deben de tratar a los pacientes. Hay muchos que son muy buenos pero son muy fríos y mi papá no lo era.

¿Bueno? ¿Se encuentra el doctor Tapia?

Cuando Ricardo Tapia dijo no al consultorio y se metió al laboratorio fue un momento muy difícil para su padre, aunque fue muy reservado al respecto. Su primera reacción fue una ligera decepción porque ya estaba el camino establecido y quería que el joven Ricardo fuera su ayudante para enseñarle todo lo que él sabía, que era mucho. A pesar de diferir de la ilusión paterna, Ricardo nunca dejó de reconocer las habilidades de su padre: era tremendamente hábil como cirujano, tenía unas manos extraordinarias. Pero todo se definió y los investigadores ganaron un miembro que sigue dando caña hasta la fecha. El otorrinolaringólogo tuvo que respetar, no sin antes expresar lo que sentía con su habitual estilo cálido. Cuando él vio que su hijo ya estaba decidido a dedicarse a la investigación experimental, en varias ocasiones le habló de lo que le hubiera gustado, pero siempre de una manera muy suave. Más adelante llegó la aceptación, se convenció de que eso era lo que a su hijo le gustaba y lo que quería. Finalmente le dio un enorme gusto cuando un hecho curioso ayudó a rematar el proceso. Una tarde en la casa de los Tapia sonó el teléfono:

— ¿Bueno? —el doctor Tapia Acuña se apresuró a contestar.

—Buena tarde. Disculpe, ¿podría hablar con el doctor Tapia? —pidió una voz amable del otro lado.

—Sí. Soy yo. Habla el doctor Ricardo Tapia.

— ¡Qué bien, doctor! Le llamo porque quisiera platicar con usted algunos temas de investigación y neurociencias...

— ¡Ah, no! ¡Espere un momento! Usted está buscando a mi hijo, no a mí —en ese momento acabó de aceptarlo porque la confusión más que molestarlo le halagó.

Quizá lo que le dolió por un tiempo al doctor Tapia Acuña fue la dilución del sueño idealizado de todo un linaje de otorrinolaringólogos Tapia. Nunca se disgustó, simplemente se decepcionó un poco porque no se siguió la tradición.

—Él ya era abuelo. Mi abuelo se llamaba Ricardo, mi papá se llamaba Ricardo, yo me llamo Ricardo y mi hijo se llama Ricardo, mi nieto se llama Ricardo.

—Aunque su padre no conoció a éste último, seguro también lo imaginó en el consultorio —mi comentario no le suena del todo absurdo.

—Afortunadamente no pasó de que en ese sentido se decepcionó a este nivel nada más, de ninguna manera reclamó ni presionó ni nada, porque él era un hombre muy inteligente, además entendía que si eso a mí me gustaba, pues eso era —afirma el doctor, tranquilo pero terminante.

Es usted un hijo de...

A los diecisiete años, una vez en la Facultad de Medicina era difícil pasar inadvertido por la presencia de su padre en la Academia de Medicina. Varios de sus maestros, desde el primer año, conocían al doctor Tapia Acuña, lo cual ponía cierta presión sobre el joven estudiante. No hace falta decir que se trataba de otros tiempos, cuando Ricardo entró a la Facultad de Medicina en 1957 todavía se acostumbraba pasar lista.

Por ejemplo, en el curso de Anatomía que daba el doctor Costa Vidrio, un profesor que tenía “mil años” de dar la clase y que, además, era miembro de la Academia de Medicina. A la hora de pasar lista dijo:

—Tapia Ibargüengoytia, Ricardo.

—Presente.

— ¿Ricardo Tapia? ¿Usted es un hijo del doctor Tapia? —la pregunta fue atendida con la respuesta requerida.

—Pues, sí.

La escena se repitió con otros profesores a lo largo de toda la carrera, algunos cercanos a su padre, otros no tanto, pero todos ellos le conocían de alguna manera. De entre ellos recuerda particularmente al doctor Alberto Guevara Rojas y al doctor Fernando Rébora, uno de los neumólogos más reconocidos y quien, en su momento, le dio clase de Neumología en el Sanatorio de Huipulco

(actual Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias). Todos ellos, al revisar los registros y llegar a la letra T decían la temida frase:

— ¿Hijo del doctor Tapia?

—Pues sí —respondía el estudiante.

En el primer año tuvo que estudiar Anatomía, Embriología, Histología y demás asignaturas correspondientes a esa primera etapa y aún quería continuar con la carrera. Para el segundo año, el plan de estudios incluía la materia de Fisiología y su maestro fue Guevara Rojas. Con él, Ricardo experimentó una revelación porque su abuelo y su padre nunca le hablaron de investigación biomédica. Ellos le hablaron de la clínica, el enfermo y la práctica médica, pero jamás repararon en hablar de materias como la Fisiología y mucho menos de lo que ésta busca en los laboratorios.

Fue el doctor Guevara Rojas, un nefrólogo clínico que también trabajaba en investigación en el Departamento de Fisiología de la Facultad quien, alejado de la forma habitual de las clases, fue el primero que hizo ver al grupo de alumnos la importancia de la investigación y sus mecanismos. Buscaba generar interés en los futuros médicos con los temas de la clase, por ejemplo, si revisaba el corazón hablaba de cómo se comenzó a saber acerca del sistema circulatorio y así abordaba las cuestiones de fisiología.

El peor examen de la clase

He aquí una confesión a la que se debe prestar atención. Primero para dimensionar hay que recordar que cuando al joven Tapia lo relacionaban con su padre, lo primero que se decía a sí mismo era:

—Voy a tener que ponerme muy listo.

Así ocurrió también en el curso de Fisiología. Bien, pues en esa época los profesores hacían sus propios exámenes y con uno de los que hizo el doctor Guevara Rojas, a la clase siguiente llegó y dijo:

—Voy a leer uno de los peores exámenes que haya visto en mis clases.

Respetuoso de la dignidad de los alumnos, el doctor Guevara Rojas jamás reveló el nombre del autor, sin embargo, Ricardo Tapia asegura:

— ¡Ese día me sentí morir!

— ¿Por qué ponerse nervioso si no regañó al grupo, sólo leyó el examen?

— ¡Es que ese examen era el mío!

Mente de fisiólogo

En esa época, años sesenta, los estudiantes debían recoger las boletas de calificaciones con cada profesor. Al acabar el curso, tras el examen final eran entregadas a los alumnos individualmente conforme se presentaban. Ricardo Tapia fue solo por su boleta con el doctor Guevara Rojas al Departamento de Fisiología, quien le dijo:

—Síntese señor Ricardo —Ricardo estaba aterrado— mire, su examen estuvo bien, le puse diez, no porque usted sepa Fisiología, porque usted no sabe. Le puse ese diez porque sí demostró que aprendió a pensar como fisiólogo.

Al recobrar el aliento, la visión de Ricardo ante esta disciplina fue otra. Para él fue un elogio extraordinario y así fue como le empezó a gustar la fisiología, por eso buscó un laboratorio para integrarse, pero casi cincuenta años después de esta experiencia muero por preguntar:

—Para ser un poco más claros, doctor, ¿qué significa pensar en términos de fisiología?

—Pues yo lo definiría, ya visto en retrospectiva y después de toda mi carrera, como una mentalidad que hace preguntas y que no nada más lee las cosas y se las aprende, sino pregunta sobre lo que está leyendo y trata de ver cuáles son los fundamentos y las bases en lo que se afirma lo que se está leyendo, o sea, investigar. Es decir, si se estudia al corazón que no baste decir que se

contrae, es necesario buscar mecanismos que lleven a entender por qué se contrae, cómo es que se contrae y entender que si el electrocardiograma tiene esta forma de un piquito aquí y otro acá se llaman *ondas PQ* e ir más allá de sólo tener la interpretación de los datos que representa, en fin.

El primer pie puesto en un laboratorio de investigación

A partir de las experiencias con el doctor Guevara Rojas, Ricardo Tapia se arremangó la bata y buscó un laboratorio para entrar a donde pudiera expandir su 'mente de fisiólogo'. Asistió a seminarios en el Departamento de Fisiología de la Facultad de Medicina, ahí comenzó a ayudar en algunos proyectos sin la oportunidad de involucrarse más. Coincidió que por aquellos días regresó a México Raúl Hernández Peón, un gran fisiólogo mexicano que había trabajado en Estados Unidos, donde publicó artículos muy importantes.

A su llegada, en 1958, se incorporó a los laboratorios ubicados en un edificio aún inconcluso del recién inaugurado Centro Médico Nacional (CMN). Gracias al acercamiento con Guevara Rojas y su ayudante de curso Héctor Brust, quien ya colaboraba en el equipo de Raúl Hernández Peón, Ricardo y un compañero de clases llegaron a ese laboratorio donde participaron más, aunque el gusto no duró mucho:

—Me salí de ahí bruscamente por una actitud que no me gustó de Hernández Peón.

Fue un momento en el que Ricardo Tapia tuvo que ser franco consigo mismo y decidir lo que haría a futuro, él aún se preguntaba si en realidad le gustaba la investigación o no, así que comenzó a indagar para buscar una respuesta. La búsqueda comenzó sin sospechar por lo que tendría que pasar. Cuando estaba en esa crisis pasó algunos meses en el Hospital de Cardiología con el doctor Pedro Serrano, un médico que tenía un laboratorio de investigación al que acudía poca gente a trabajar. En la mañana Ricardo tomaba sus clases y se

presentaba al hospital por las tardes. Trabajaba estresando ratas para saber si eso les provocaba un infarto al miocardio:

—Me sentí mal porque en las tardes eso era un desierto absoluto.

Fueron días difíciles los que pasó el doctor Tapia en el antiguo Instituto de Cardiología, pero esa pesadez era precisamente por la falta de actividad de investigación intensa como la que deseaba.

Ricardo Tapia no permitía que su interés por la fisiología y la bioquímica decayeran y reconocía cada oportunidad para aprender más de esos temas:

—De repente me metía a la Librería Internacional en Sonora, casi esquina con Insurgentes, junto al primer Sears que hubo. Ahí encontré un libro y lo compré.

— ¿Aquel famoso libro editado en Estados Unidos que contenía artículos correspondientes a investigaciones de esos campos?

—Así es, yo empezaba a leer en inglés entonces, nunca tomé formalmente más cursos que los normales, sin embargo, esas nociones del idioma fueron suficientes para entender de los temas.

Más adelante, en una charla con un compañero que se había integrado al equipo del doctor Félix Córdoba, en el Departamento de Bioquímica de la Facultad de Medicina, se enteró de los trabajos en neuroquímica que realizaba el doctor Guillermo Massieu en el Instituto de Biología. Para ese entonces Herminia Pasantes ya trabajaba ahí:

—Prácticamente llegamos juntos, yo había llegado como un mes o dos antes y después él vino.

— ¿Qué sabía usted de Ricardo Tapia cuando llegó al laboratorio?

—Él era estudiante muy joven de medicina y le interesaba el ácido amino butírico, el GABA y se informó que el doctor Massieu, que también acababa de regresar de una estancia en Inglaterra con el premio Nobel Hans Krebs, quería iniciar las investigaciones de neuroquímica en México, nosotros dos fuimos parte de su grupo inicial.

—

Cuando fui con Massieu —confirma la historia el mismo doctor Tapia— ya había leído un artículo sobre el papel de un aminoácido neurotransmisor: el GABA, el ácido gama-amino butírico y la vitamina B6 que tiene mucho que ver en la síntesis de este aminoácido.

—Para el doctor Massieu debe haber sido muy significativo encontrar a un joven estudiante tocando a la puerta de su laboratorio que hablaba el mismo idioma, el de la ciencia —mis intentos por tener una plática más colorida son tomados con un dejo despectivo.

—Pues yo no sé a qué idioma te refieres, yo hablaba español —tras la aclaración vuelve al tema— nunca me lo dijo, pero fue algo muy estimulante para él, que llegara alguien que quería entrar a su laboratorio y que ya había mostrado intereses específicos por este tema.

—Supongo que eso le tendía el camino para realizar la actividad que usted deseaba, además de la oportunidad de mostrar iniciativa. ¿Así fue?

—Sí. Le dije a Guillermo Massieu: qué tal si usamos una sustancia, cuya información había leído en el libro que adquirí en la *Internacional*, que bloquea a la vitamina B6 en su acción bioquímica y hace que disminuya la síntesis del neurotransmisor GABA, un transmisor que inhibe la actividad neuronal, todo pensando en que puede producirse epilepsia por falta de inhibición.

La propuesta fue hecha poco después de haberse integrado al equipo y el tema ocupó las investigaciones de Ricardo Tapia durante casi quince años. Ahora dice que le gusta recordar el encuentro con Guillermo de esta manera:

—Como que se me abrió una luz cuando fui a ver al doctor Massieu, llegué a ese laboratorio una tarde y cuarenta y nueve años después ahí sigo, así fue la historia.

Un recién nacido gordo, gordo, gordo

Durante la carrera pudo cumplir con las materias y demás requisitos, pero a la hora del internado clínico logró cumplir sin necesidad de pisar una clínica:

—Ahora es más difícil pero también se puede, dije que quería hacer mi internado en el laboratorio del doctor Massieu, ya no me acuerdo administrativamente cómo lo logré pero se pudo y yo nunca hice un internado en un hospital.

Con el servicio social fue otra historia y tuvo que realizarlo fuera del laboratorio aunque nunca dejó de asistir las varias horas diarias acostumbradas. Logró que fuera en el Distrito Federal, lo recuerda como algo chusco porque fue asignado a un pueblito en medio del Pedregal de San Ángel. Para esos días, ya había podido comprar un automóvil a plazos gracias al ingreso a la nómina de la UNAM a partir de su primer nombramiento en 1961.

—Era un sueldo ridículo pero seguía siendo hijo de familia y de ese sueldo, el ochenta por ciento me sirvió para comprarme un cochecito y con ése tenía que meterme al Pedregal por un camino de terracería.

Ahora le parece increíble pensar que había que recorrer kilómetro y medio en esas condiciones para llegar a ese pueblito porque actualmente toda esa zona es como el Pedregal colindante a CU, totalmente empastado de calles, avenidas, casas y todo lo demás. El nombre del lugar y su suerte se escapan de la memoria, pero recuerda el camino como si lo hubiera tomado esta misma mañana.

— ¿Seguro que no recuerda algo más acerca de ese lugar?

—Ni idea de lo que pasó con ese pueblito, me acuerdo que se entraba por División del Norte y ya mucho más allá se metía uno entre las piedras.

Esa pequeña clínica a la que estaba asignado, dependía de un centro de salud ubicado precisamente sobre la avenida División del Norte, a esta unidad debía reportarse. Insiste en calificar como chusco al servicio social:

—Dizque atendía a mis dizque pacientes porque en realidad la única cosa buena que hice ahí fue llevarme en mi cochecito a una mujer a que pariera.

—Por favor, cuente la historia completa.

—Un día, llegó una mujer con dolores de parto.

— ¿Y usted qué hizo?

—Dije aquí no la atienden, entonces la subí a mi coche y me la llevé.

— ¿Adónde?

—Yo sabía que ahí donde ahorita está el Instituto de Perinatología en las Lomas de Chapultepec, en Virreyes, había una cosa de ginecología.

—Ahí fue a donde llevó a la paciente. ¿Los médicos de ahí le ayudaron?

—La atendieron maravillosamente bien y ocho días después llegó a regalarme un guajolote vivo como una manera de agradecimiento —con una sonrisa que se contagia afirma— creo que eso fue lo mejor que hice en el servicio social.

Pero en realidad hubo algo más, ya para la última etapa en aquella alejada clínica, la inquietud de investigador volvía a hacer presa del doctor Tapia, pero su iniciativa le salvó ganándole un punto más a su favor:

—Hice otra cosa buena, ya no me acuerdo cómo le hice pero les dije ahí en el centro de salud yo no estaba haciendo nada, yo quería estar en el laboratorio.

Las autoridades lo tomaron de buena manera y en vez de obligarle a sólo cumplir sus obligaciones, le apoyaron en su demanda de una actividad más productiva y le encomendaron dar un curso de bioquímica básica a las enfermeras, a quienes no les cae mal esa información porque son ellas quienes administran las intravenosas, los líquidos y demás medicamentos en general. El curso duró dos meses y fue un sello perfecto para cerrar el ciclo.

¿Me puede repetir la respuesta?

Después de toda una infancia y parte de una juventud en la que todos los ímpetus apuntaban hacia su realización como otorrinolaringólogo, el hecho de asumir a la investigación científica como la actividad principal para el resto de la vida requirió de un ligero cambio de mentalidad por parte de Ricardo Tapia:

— ¿En qué consistió ese ajuste?

—Mi ajuste consistió en que ya no me interesaba la clínica, yo quería estar en el laboratorio.

En esencia se trataba del mismo punto de partida pero con un cambio de rumbo para tomar otro camino donde la carrera de medicina se volvió el medio para alcanzar el nuevo objetivo:

—Nunca me pasó por la cabeza abandonar la carrera, sabía que era indispensable recibirme de médico.

Pensando en voz alta repasa lo que fue la carrera y lo comparte: entró a los cursos clínicos en hospitales porque durante los dos primeros años se impartían las materias básicas, a partir del tercero se realizaban las rotaciones en hospitales, era un requisito ineludible. Confiesa que a muchos de esos cursos acudía solamente por cumplir y nunca le fue mal en las calificaciones, pero todo aquello le tenía sin cuidado, salvo un par de valiosas excepciones:

—Me interesaron cardiología que la llevé en el Instituto de Cardiología y la endocrinología, porque con la mentalidad que estaba adquiriendo era donde más podía pensar fisiológicamente como me había dicho el doctor Guevara Rojas.

—Como toda persona que recuerda sus años de escuela, ahora debe tener en mente algo que detestaba.

—Claro, por ejemplo el curso de quemados que llevé y el de ortopedia en el (Hospital) Juárez fue una verdadera pesadilla y otros cursos también muy malos que llevé.

— ¿Malos? ¿No eran lo indicado para formar médicos?

—A lo mejor no eran tan malos, pero a mí ya no me gustaban en lo absoluto.

Para el doctor Tapia fue tan pesado terminar la carrera de medicina que incluso en la prueba final anteponía la investigación. La doctora Pasantes recuerda que cuando Ricardo obtuvo el título de médico cirujano sentía fastidio porque ya estaba muy involucrado en el laboratorio y le importaban poco los enfermos y la

medicina clínica. No quería perder tiempo en estudiar para su examen profesional y decía:

—Lo que tengo que pensar de los temas que me puedan tocar es cómo les doy la vuelta para llegar al cerebro y al GABA.

Al cabo de todo el examen fue aprobado sin ningún problema.

“La ciencia no es más que una y es universal”

A finales de los años sesenta, la carrera espacial cobraba impulso y en México el mayor movimiento social conformado por estudiantes y trabajadores se gestaba. Pero la sociedad mexicana, en general, ni siquiera se enteraba de lo que ocurría dentro de la UNAM ni de sus necesidades, como no lo hace ahora más allá de los asuntos que llegan al terreno de lo mediático.

—Creo que el país nunca se ha dado cuenta de lo que necesita la Universidad a nivel gubernamental, si hasta la fecha no le interesa, en esa época menos. Sólo lo hacían las personas involucradas —recuerda Tapia— nuestros maestros, nuestros pioneros.

Pocos eran los que, como ellos, entendían la importancia de avanzar en el terreno de los posgrados para ampliar los campos de especialización de los profesionales y elevar su calidad, en particular, en el ámbito de la investigación científica. Era necesario hacerlo, por eso la labor de nuestros maestros universitarios fue fundamental. Pero quizá un signo de que esta necesidad de maestros e investigadores no se reducía a una sola institución es que al mismo tiempo que esto sucedía en la UNAM, se creaba el Cinvestav¹: Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (IPN), con Arturo Rosenblueth, uno de los grandísimos fisiólogos mexicanos.

Sin saberlo, la sociedad ganaba héroes anónimos que trabajarían en busca de nuevos conocimientos y consecuentemente en pro de elevar su calidad de vida desde los laboratorios de ambas instituciones. Arrancaron también los posgrados en: fisiología y bioquímica; ya la Facultad de Química tenía posgrados en química en ese momento: en química orgánica e inorgánica, así fue como surgió el de bioquímica. Los estudiantes son el recurso más importante dentro de todo este proceso y deben ser valorados y cuidados permanentemente, Tapia participó de todo aquello:

¹ El CINVESTAV fue creado por un decreto presidencial que expidió el Lic. Adolfo López Mateos el 17 de abril de 1961.

—Nosotros éramos los que estábamos trabajando con los pioneros que hicieron este posgrado, naturalmente teníamos que ser nosotros los alumnos.

Ricardo, por su parte, se vio en el compromiso de concluir la carrera de medicina para continuar con el posgrado. De manera general, considera que el detonador fue el gusto de esa generación de jóvenes estudiantes por participar en los laboratorios de investigación:

—Nuestros maestros así lo vieron y así se decidió hacer justamente.

Afirma que aunque nunca lo dijeron tal cual, seguramente lo que ellos pensaron fue: ya tenemos con quién hacer el doctorado, así lo demostraron los hechos al momento de surgir el proyecto.

Antes de seguir con el tema, es necesario hacer un reconocimiento que pone en contexto la importancia de los hechos: habría que decir que era el principio de la investigación neuroquímica en México, el doctor Massieu fue el pionero y era él precisamente la autoridad competente en la materia.

Pues bien, así como hay equipos de investigación en los institutos, los hay en las facultades, en aquel entonces el del doctor Guillermo Massieu se encontraba en el Instituto de Biología, pero una investigadora de la Facultad de Medicina, perteneciente al grupo que dirigía el doctor José Laguna, quien años después fue director de la Facultad, se acercó al primero para consultar y eventualmente investigar acerca de los aminoácidos en el cerebro porque todos hacían investigación en bioquímica pero ni uno de ellos en sistema nervioso, el único que lo hacía era Massieu, esa jovencita era Marieta Tuena. La doctora Tuena pasó dos años con el doctor Massieu, así se iniciaba una racha muy productiva en cuestión de artículos publicados.

—Con ella —recuerda Tapia— luego conmigo y con Herminia Pasantes empezaron a salir los primeros trabajos de neuroquímica en las revistas internacionales de ciencia, la ciencia de a de veras.

El énfasis es porque hasta antes de eso lo que se llegaba a publicar por parte de los investigadores era en órganos internos que sólo leían ellos mismos.

Recapitulando: el primer trabajo publicado por el doctor Massieu en el área de neuroquímica fue en 1960 en la revista *Journal of Neurochemistry*, el primer trabajo en el que participó Ricardo Tapia fue en 1961:

—Yo no era tan consciente en aquel momento de esto, después me fui dando cuenta que era algo extraordinario porque no solamente era coautor de un trabajo de investigación, sino que se trataba de los primeros trabajos que se publicaban en el país sobre estos temas en revistas ‘de a de veras’, internacionales, con *referís*, como es la ciencia ‘de a de veras’, que no es más que una y es universal.

—Seamos más específicos con el contexto, por favor.

—Entré a la Facultad en 1957 a los diecisiete años, a los dieciocho fue toda esta historia con Guevara Rojas, a los diecinueve y medio, quizá veinte, entré al laboratorio de Massieu y a los veintiún años salió el primer trabajo, en 1961.

Guillermo Massieu era egresado de la Escuela Superior de Ciencias Biológicas (ESCB) del IPN y cuando fue requerido por su casa de estudios se suscitaron cambios en el laboratorio que no afectaron el trabajo debido a la entrega de todo el equipo, entre ellos Ricardo Tapia, desde luego:

—Pronto empecé a trabajar solo porque al doctor Massieu lo llamaron para que fuera director de su escuela: Ciencias Biológicas. Llegué a su laboratorio a principios de los 60 y él se fue, creo que, en ‘64 de director. Él seguía viniendo a su laboratorio pero nada más por las tardes, empezó a haber una necesidad de trabajar más independientemente.

Esto fue una oportunidad para comenzar a buscar dentro de sí las dotes de cabeza de equipo que más adelante Ricardo Tapia aprovecharía en pro de la investigación dentro de la UNAM.

Crónica de un doctorado anunciado

Al abordar el tema de su doctorado que la UNAM le otorgó en 1969 y que fue el primero en Bioquímica, antes que modesto, Ricardo Tapia responde tajante:

—Era lo que había que hacer.

Y en verdad lo era porque las investigaciones hechas desde varios años atrás y la manera como se realizaron fueron brindando las bases para formalizar la siguiente etapa en la formación de investigadores. La Maestría y el Doctorado en Bioquímica fueron organizados en México a mediados de la década del 60 por los pioneros: José Laguna en la Facultad de Medicina junto con Jesús Guzmán, Guillermo Massieu en el Instituto de Biología y Guillermo Soberón que laboraba en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición², desde donde tuvo un participación muy activa.

—Por esa parte eran estos grandes investigadores y académicos involucrados; pero del otro lado, también estaban los alumnos...

—Los que estábamos trabajando con ellos, naturalmente.

Ambos grupos de estudiantes, tanto los que comenzaron en el Departamento de Bioquímica de la Facultad de Medicina como los del Departamento de Biología Experimental del Instituto de Biología fueron invitados a integrarse a los posgrados:

—Nos dijeron que teníamos que entrar.

— ¿Cuál fue su respuesta, doctor?

—Yo ni me lo cuestioné.

Para valorar mejor el mérito de este logro, el doctor Tapia fija una referencia actual para verlo en retrospectiva. A partir del rectorado de José Sarukhán los

²Fundado en 1946, el HEN fue el antecesor del actual Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición "Salvador Subirán".

posgrados no son exclusivos de las facultades, también incluyen institutos, son las llamadas entidades académicas de los posgrados.

—Ahora ya no hay ningún posgrado que sea exclusivo de una facultad, son posgrados de la UNAM, en donde las sedes o entidades académicas incluyen para el mismo posgrado institutos y facultades.

— ¿Por ejemplo?

—Nuestro doctorado en Ciencias Biomédicas es el producto del de Investigación Biomédica Básica y tiene siete entidades académicas: el Centro de Ciencias Genómicas en Cuernavaca, la Facultad de Medicina, el Instituto de Ecología, el de Fisiología Celular, el de Química, el de Investigaciones Biomédicas y el Instituto de Neurobiología. En cambio los pioneros quienes inventaron el doctorado en Bioquímica tuvieron que batallar mucho, primero en la Facultad de Medicina donde no se logró y luego en la Facultad de Química donde sí, el director en esa época era José Herrán y a él sí le gustó la idea, por eso mi doctorado es en Bioquímica y es de la UNAM, pero lo hice en la Facultad de Química porque ahí fue donde finalmente se estableció.

—Es decir que usted pasó por dos entidades académicas.

—Tengo dos facultades, la de origen es la de Medicina y la de Química es la del posgrado.

Un impulso por el cerebro

Se conocen los inicios, la trayectoria y los logros del doctor Tapia, pero hay una pregunta que no se puede dejar de hacer:

— ¿Por qué el cerebro?

—Lo del sistema nervioso fue porque era la bioquímica lo que me había gustado ya. Hernández Peón era neurofisiólogo, de los que un poco despectivamente se les llamaba neurofisiólogos secos.

En la década de los 50, hace poco tiempo en términos de ciencia y progreso, ya se sabía que era electricidad lo que corre por los nervios, pero con respecto a lo que ocurre al interior del cerebro se daba la discusión: unos consideraban

que la transmisión del impulso nervioso de una neurona a otra era estrictamente eléctrica y los otros argumentaban que se trataba de un fenómeno químico. Finalmente, esta última fue la válida, debe liberarse un compuesto desde una terminal de cada neurona y ese neurotransmisor actúa sobre la siguiente neurona y la activa, la excita o la inhibe.

Ricardo, como todos los neurocientíficos de la época, asumió el bando que consideraba con posibilidad de comprobar lo que creían y tuvo que distinguir entre su tutor y los demás científicos:

—Hernández Peón era electro fisiólogo y en realidad no sabía mucho de la materia química, pero el famoso artículo que leí era la otra parte: la bioquímica, por eso conviví con Massieu. Él estaba investigando aminoácidos en el cerebro.

Tapia vio concentrados en el mismo laboratorio la parte del debate que consideraba acertada y los medios para participar del mismo trabajando la bioquímica que era su pasión:

—Entonces se juntaban estas dos cosas, por eso fue tan bueno para mí llegar al laboratorio del doctor Massieu y por eso el cerebro.

Enseñar: compromiso de la investigación

A pesar de las décadas como académico y la importancia de su nombramiento como profesor-tutor en 1976 así como lo hecho en los años previos como instructor del laboratorio de bioquímica, Ricardo Tapia no había reflexionado en el momento en que comenzó a gustarle la docencia hasta que se le preguntó directamente:

— ¿Cuándo fue que se enamoró de la enseñanza?

—Nunca me había puesto a pensarlo, creo que desde que empecé a dar las prácticas a las enfermeras durante el servicio social.

Como también lo han considerado otros investigadores, Tapia observa que quien trabaja en laboratorios de investigación comienzan a dar clases casi en automático. Ese fue el primer paso de toda una carrera de docente que desde sus primeros años y con la madurez que brinda la experiencia, llegaría a formarse un criterio que a la fecha ostenta con auténtica pasión universitaria:

—Siempre he defendido mucho la idea de que una de las más grandes obligaciones de los científicos mexicanos que trabajamos en México es la enseñanza y siempre he dicho que eso existe.

— ¿Por qué el énfasis de lo que ocurre en México si la ciencia es universal?

—Porque en Estados Unidos y en Europa es otra cosa, ahí en los laboratorios de investigación lo que les interesa es investigar y quieren ochenta mil posdoctorantes que les ayuden y hagan los experimentos, en México es exactamente al revés.

Aprovecha la oportunidad para asestar un golpe más contra el mito:

—Esta idea de las torres de marfil: que me dejen en paz porque estoy en mi laboratorio, es falsa. Para mí, enseñar es una de las más grandes obligaciones y no sólo eso, uno de los más grandes gustos, de lo más estimulante que hay.

Ricardo Tapia asegura que el primer requisito para la docencia es querer hacerlo y luego tener la habilidad para transmitir los conocimientos. Se requiere de entrega porque no todo es hablar frente a los alumnos, en el medio de la investigación existen dos tipos de docencia: la de las clases formales y las tutorías.

—Yo di doce o quince años los cursos de bioquímica formal, era pararse enfrente de cuarenta, sesenta u ochenta estudiantes a dar conferencias.

Estos años dejaron algo de frustración en el doctor Tapia porque muy pocos estudiantes realmente estudiaban y se mostraban interesados a pesar de sus intentos por innovar:

—Hice algunos experimentos aprovechando lo extraordinaria que es la UNAM con la libertad de cátedra que sí existe, por ejemplo: un semestre conseguí un salón en el sótano del edificio largo (de la Facultad de Medicina) y ahí organicé mesas en vez de sillas y les dije (a los alumnos) que en vez de que yo diera una conferencia, cada clase íbamos a estudiar juntos.

El resultado de ese año fue cansancio producido por un esfuerzo que no causó eco en los futuros médicos. El método era dinámico, lo cual era una oportunidad para variar del modelo tradicional de clase para que se interesaran más en la materia y no se sentaran solamente a oír y luego a presentar un examen:

—Yo los organizaba en grupos por mesas, ahí en las clases los ponía a estudiar y luego a discutir, iba así de mesa en mesa.

Fue un experimento del que paradójicamente nunca escribió a pesar de que siempre lo ha considerado como un interesante intento por lograr la cátedra interactiva a nivel licenciatura.

En otro nivel de formación como los posgrados, la enseñanza es diferente, se utiliza la enseñanza tutorial como la que Ricardo Tapia tuvo con Guillermo Massieu, se dice que así se aprende a hacer investigación porque esa es la otra manera de transmitir conocimientos.

Es muy grato para el doctor Tapia ver que en la actualidad los posgrados, en particular en los que ayudó a organizar, son más interactivos, pero que además ya hay una licenciatura donde los alumnos no son sólo receptores pasivos como en el resto, esa es la de Investigación Biomédica Básica.

Pioneros en sesión

Aquellos grupos que se formaban en el naciente campo de las neurociencias en México, además del trabajo intenso en los experimentos, realizaban

sesiones en las que se hablaba de los avances, se planteaban dudas y se ofrecían propuestas. Los seminarios eran semanales, por un tiempo fueron los sábados a las nueve de la mañana, asegura Ricardo Tapia que el doctor Laguna tenía razón al decir que antes sí se trabajaba de a de veras.

Con el tiempo, la maduración de algunos equipos de investigadores volvió necesario ampliar los alcances de los seminarios instituyéndose como parte fundamental del trabajo en los laboratorios. Como en todos los ámbitos de la vida no todo era parejo en la institución, algunos equipos no cumplían con los ideales que buscaban alcanzar los otros:

—Había otro grupo que dizque hacía algo de bioquímica en el Instituto de Biología —recuerda Tapia aún con disgusto— nunca tuvo grupo, era el director del Instituto de Biología, Roberto Llamas, en esa época no estaba reglamentado lo de los directores y duraban eternidades.

El problema podía no ser tanto su carácter vitalicio, sino el bajo perfil que siempre presentó a pesar de las enormes demandas del cargo. Se trataba de un clínico endocrinólogo que llegó a ser director desde que el Instituto se ubicaba en la Casa del Lago de Chapultepec antes de que se construyera Ciudad Universitaria:

—Dizque era bioquímico y dizque hacía investigación —insiste el doctor— en realidad nunca hizo absolutamente nada.

Ricardo Tapia afirma que realmente el grupo bueno en bioquímica en el IB, era el de Guillermo Massieu, aunque también había otros con trabajos muy importantes, tanto así que surgió la necesidad de interactuar entre ellos, los enlaces se facilitaron porque el doctor Massieu tenía buena relación con el doctor Laguna y con Jesús Guzmán, de tal manera que estando en el Instituto de Biología, comenzó la organización de seminarios conjuntos con la gente de la Facultad de Medicina. En Bioquímica, así se iniciaba la cohesión académica.

A principios de los años setenta las condiciones en la Facultad de Medicina no eran las idóneas para que la investigación científica tuviera el apoyo necesario, Ricardo recuerda las causas:

—Estaban surgiendo los líos del autogobierno y todas las historias políticas de los grupos mediocres que querían apoderarse de la Facultad.

Por suerte, a la par se tomó una decisión que brindaría un respiro a los investigadores, coincidió con la construcción del primer edificio del área nueva de investigación científica creado por Guillermo Soberón, el Instituto de Biología. En esta acción, Ricardo Tapia vio la oportunidad de participar en pro de su sector y alcanzar un logro que definitivamente es de los más importantes de su carrera: cuando era jefe del Departamento de Biología Experimental del Instituto de Biología, logró que se asignara un edificio específico para su departamento, ese fue el de la parte oriente del actual Instituto de Fisiología Celular. Así ese espacio quedó a disposición de los laboratorios de investigación, aislado de los departamentos de Zoología y Botánica, cuya metodología experimental es muy diferente. Para ubicar mejor la distribución, Tapia lo describe:

—Del otro lado estaba Ciencias del Mar, después se convirtió en Centro y más tarde en Instituto; estaban Zoología, Botánica y Ecología, éste último se volvió también Instituto gracias a la labor de Pepe Sarukhán.

A pesar de lo dividido de las opiniones en ambas sedes, las autoridades en turno reaccionaron de manera positiva ante la idea de tener a los dos grupos de investigadores en un solo edificio: eran Agustín Ayala Castañares, quien ocupaba la Coordinación de la Investigación Científica y Guillermo Soberón que era el rector y José Laguna, director de la Facultad. Así se dio la mudanza de los investigadores hacia las nuevas instalaciones aunque para José Laguna debe haber sido una decisión muy difícil porque él había creado el Departamento de Bioquímica de la Facultad y de pronto todo ese grupo se iba a un instituto mientras él permanecía en Medicina. Pero el doctor Laguna jamás

perdió de vista que la prioridad a toda costa era y sigue siendo la ciencia y el doctor Tapia lo sabía bien:

—Él estaba metido en todo y fue el enorme facilitador para el equipo de Bioquímica, él llegó a publicar algunos trabajos pero no hacía mucha investigación directamente, simplemente estimulaba, apoyaba, ayudaba.

La trinchera desde la que luchaba era un tanto más administrativa que práctica, pero eso no le impedía participar con sus conocimientos y con la siempre necesaria retroalimentación muy a su estilo:

—Criticaba y ponía a todos parejos —confiesa Ricardo— nunca estuve allá pero sí me tocó también esa especie de tutoría general.

A juicio del Ricardo Tapia es justo recordar sus acciones con el valor que tuvieron:

—De que apoyó, apoyó, ese fue uno de los grandes méritos, en mi opinión, de José Laguna, además no se desmanteló allá tampoco, había el compromiso de seguir con la enseñanza. Fue entrando gente y en la actualidad, ese Departamento de Bioquímica sigue siendo bueno en la Facultad de Medicina.

Ricardo Tapia es un hombre que dice las cosas como las piensa, no hay razón para acallar una opinión cuando está convencido de que es acertada y cuando esa opinión es relativa al trabajo es mayor su entrega para defenderla:

—Con el director del Instituto, Carlos Márquez Mayaudón nos peleábamos todos los días. En mi opinión, uno de los errores graves que ha cometido la Junta de Gobierno de la UNAM fue nombrar a Carlos Márquez director del Instituto de Biología en esa época porque académicamente era el más pobre de la terna.

El proceso de selección estuvo así: en la terna se encontraban Ricardo Tapia quien era bastante joven aún, en retrospectiva agradece que la Junta no lo

nombrara aunque afirma que hubiera sido mejor director que Carlos Márquez; el otro candidato era Arturo Gómez Pompa, un ecólogo con una carrera destacada, casi inmediatamente después de que supo que no fue nombrado se mudó a California donde se quedó. Tapia afirma que fue realmente fantástico como investigador y que él debió haber sido el director en ese caso, pero en realidad la sucesión no era nada sencilla.

El Instituto de Biología tenía problemas y conflictos desde la época del médico Roberto Llamas, todos los biólogos de carrera de biología, que investigaban en ese instituto, estaban molestos con Roberto Llamas porque no era biólogo y no tenía doctorado. El cambio de director no significó ninguna oportunidad de cambio. El Instituto enfrentaba una situación complicada, nombraron a Carlos Márquez y, a decir de Tapia, nunca supo dirigir. Para entonces ya se había incorporado el grupo de Medicina y su metodología de investigación era distinta a la de los otros departamentos. Así lo recuerda el doctor Tapia:

—Ahora ya han cambiado las cosas ahí, pero lo que hacían era ir al campo, coleccionar bichos, contarles las patitas y todas esas historias. Nosotros empezamos a diferenciarnos totalmente de ellos, queríamos publicar en las mejores revistas.

Porque el mérito de una investigación bien hecha es darla a conocer y someterla al juicio de la comunidad científica internacional. Pongámoslo en contexto, en esos días existía una publicación que se llamaba *Los Anales del Instituto de Biología* que apareció desde inicios del siglo pasado porque el Instituto de Biología es de los más antiguos. Desde que estaba en la Casa del Lago se publicaban los anales escritos en español y todo se quedaba internamente, todo era endogámico:

—Trabajo aquí, publico aquí y ya —exaltado pregunta Ricardo— ¡¿Qué repercusión tiene? ¿Quién lee esto?! Nosotros nos empezamos a rebelar contra todo eso.

Lo que los neurocientíficos y demás investigadores experimentales buscaban, era seguir publicando en revistas internacionales, entre otras cosas, a eso se debían las discusiones con Carlos Márquez.

Nuevamente hizo falta realizar una campaña en aras de conseguir condiciones adecuadas para investigar, comenzando por algo de independencia:

—Insistimos mucho con Memo Soberón, estaba en pleno el conflicto, teníamos pleitos todos los días con el director y con otros investigadores del Instituto; del otro lado, todos estaban celosos porque en la estructura del Instituto de Fisiología Celular actual, el edificio oriente que es como un *chipote* del cuadrado con su patio central que era el resto del Instituto de Biología que ahora es Ciencias del Mar.

Además de la distribución de los espacios que describe el doctor y su aprovechamiento, existía un factor más, el de los perfiles profesionales que él mismo señala:

—Yo había logrado que ese edificio estuviera más bien separado, porque había llegado todo este grupo de no biólogos a un Instituto de Biología y todos ellos eran médicos y los *biólogos biólogos*, como les decíamos, se pusieron celosísimos.

El doctor Tapia no fue bien visto en el Instituto pero en realidad no había otra opción. Se las ingenió para que ese edificio tuviera veintiún laboratorios, siete por piso cuando no existían en esa época más que ocho investigadores, por eso asignaron a cada uno su laboratorio, porque además las instalaciones de la Facultad de Medicina ya eran insuficientes, era absurdo no usarlos ya que el nuevo edificio tenía laboratorios más acondicionados, más espaciosos, con capacidad para más estudiantes y cuartos para equipo común.

Universitarios de las generaciones actuales como Clorinda Arias consideran a Ricardo Tapia un pilar del Instituto:

—El IFC es de los más prestigiados de México y probablemente de toda Latinoamérica y aunque a veces se pase por alto, él realmente echó a andar el proyecto de lo que ahora es Fisiología Celular.

Al doctor no le queda más que decir:

—Modestia aparte creo que hice un buen trabajo para lograr ese diseño de edificio y que fuera para el Departamento.

—Y a todo esto, ¿cómo fue que comenzó la misión al frente de un departamento?

—Cuando yo estaba de año sabático en Inglaterra, Agustín Ayala Castañares entró de director de ese instituto y creó el Departamento de Biología Experimental, cuando regresé me nombraron jefe de ese departamento, luego seguí todo con este grupo.

LIBB: ingenio desde el primer momento

Ricardo Tapia fue desde 1989 y hasta 1996 coordinador del Programa de Licenciatura, Maestría y Doctorado en Investigación Biomédica Básica. Han pasado varios años y actualmente el doctorado original fue complementado y convertido en el de Ciencias Biomédicas, el doctor siente que el compromiso ha sido muy grande porque él fue quien introdujo al Instituto de Fisiología Celular en esos posgrados, aunque en esa época aún era centro.

—Ese programa fue generado en el Instituto de Investigaciones Biomédicas con un grupo de colegas que yo conocía de mucho tiempo atrás, siempre me interesó porque es una licenciatura en investigación, como su nombre lo indica, se trata que desde que los muchachos salen de la preparatoria estén involucrados en la investigación durante su formación de licenciatura —explica con un entusiasmo que parece ser el mismo que tuvo cuando se enteró del proyecto— es un programa que está diseñado para que desde la licenciatura sean doctores, es decir, que sean investigadores en el área biomédica.

Muchos investigadores de la generación del doctor Tapia habrían valorado mucho tener una opción como ésta en sus tiempos para llegar a ser tales sin lo engorroso de cumplir más requisitos que no estaban tan relacionados con la investigación:

—Me interesó mucho porque yo como estudiante de medicina no quería, entre comillas, perder el tiempo viendo pacientes, yo lo que quería era estar todo el día metido en el laboratorio.

Les hubiera encantado gozar de lo que hoy brinda este programa a los estudiantes, sin embargo, ahora gozan como profesores que los estudiantes desde el inicio están metidos en el laboratorio:

—Es lo mejor para aprovechar esta juventud fresca, fresquísima, para que desde el principio estén en la investigación y no que pase como conmigo y todos mis colegas de las generaciones de esa época que teníamos que estudiar una carrera, Medicina, QFB, Biología, lo que fuera y luego hacernos investigadores o tratar de compaginar las dos cosas como hicimos casi todos.

Esta licenciatura, maestría y doctorado, como originalmente se planeó, sólo se impartía en el Instituto de Investigaciones Biomédicas, pero como Ricardo Tapia conocía a algunos de los impulsores de esta idea en el IIB, logró que el área de neurociencias, que es a la que ha dedicado toda su vida, se incorporara a esa licenciatura y así fue que después todo el instituto se incorporó como una más de las sedes del programa.

Como varias ideas emprendidas por el doctor Tapia, ésta ocurrió con algunas dificultades, no fue un proceso fácil, hubo muchas resistencias, pero se logró y después se amplió, el Instituto de Investigaciones Biomédicas generó un Centro de Fijación de Nitrógeno en Cuernavaca, actual Centro de Ciencias Genómicas, además se creó un Instituto de Biotecnología. Tras todas las penurias finalmente llegaron los logros:

—La Investigación Biomédica Básica, como programa, se hizo de sedes en institutos, lo cual por cierto, es la otra cosa que me interesó con esta licenciatura, que rompía con ese mito absurdo de crítica que decía que los institutos se aíslan de la enseñanza, de los estudiantes de las universidades.

La verdadera historia es poca conocida, Ricardo Tapia la relata con detalles buscando que se entienda con claridad para poner todo en su justa dimensión:

—Se logró por una cosa administrativa curiosa que poca gente conoce, el CCH (Colegio de Ciencias y Humanidades), tenía, desde que se creó, una unidad famosa para poca gente, la UACPyP: Unidad Académica de los Ciclos Profesional y de Posgrado.

Ese colegio es conocido por su modalidad de bachillerato. Ese mismo CCH tenía la otra modalidad donde se crearon varios posgrados y una sola licenciatura que fue ésta, aunque en su momento surgió una problemática concreta: ¿cómo era posible que los institutos tuvieran una licenciatura si en el Estatuto General de la Universidad los institutos no son sedes de licenciaturas? La solución fue un recurso que la misma universidad había brindado quizá sin saber, ahí radica la importancia de la Unidad Académica de Ciclos Profesionales y de Posgrado:

—Ahí se amparó Biomédicas, fueron inteligentes quienes crearon esto porque encontraron el sitio administrativo en el que cabía una licenciatura que se impartiera en institutos.

Más adelante, creció la oferta hasta alrededor de trece posgrados en la UACPyP en diferentes áreas: Ciencias del Mar, Computación, Ecología entre otras. Llegado el momento de hacer ajustes estructurales en la UNAM, la UACPyP desapareció pero dejó la valiosa aportación de este programa.

Cuando era rector José Sarukhán se cambió completamente la estructura de los posgrados, desde entonces son multisedes. Al darse los cambios y desaparecer la unidad, la carrera fue adoptada por la Facultad de Medicina que

ahora imparte dos licenciaturas: la tradicional Medicina y la de Investigación Biomédica Básica. La inclusión del entonces Centro de Fisiología Celular en sus diferentes áreas de trabajo, comenzando por neurociencias, es un gusto que el doctor ostenta sin sonrojos:

—Creo que fui el motor en todo ese proceso.

Lo hecho en México está bien hecho

Quien ha tenido oportunidad de platicar con Ricardo Tapia conoce bien su concepto de universidad y la manera como ésta debe ser, en particular en su área de trabajo:

—Creo que la investigación en cualquier lado, más en países en desarrollo, tiene que ser con los jóvenes, con los estudiantes al mismo tiempo que se les forma.

— ¿Por qué?

—Porque hay países como Estados Unidos en donde un investigador tiene a sus técnicos académicos y a los famosos *posdocs* que él paga de donativos que le dan los fondos federales y no federales, en su laboratorio trabajan quince, veinte personas, de los cuales cinco son técnicos, ocho *posdocs* y si acaso algunos estudiantes. En México todos los investigadores nos formamos y creo que lo seguimos haciendo de otra manera, con el trabajo y aprendizaje que brinda el tutor al hacer los experimentos y la investigación, al diseñarlos, etcétera.

Su entrega al tratar el tema es total:

—Así es como me formé con el doctor Massieu, fue mi maestro y mi tutor en el doctorado.

Esa es la fórmula adecuada, estar todo el tiempo con los estudiantes y tener claro que no se trabaja con empleados; sí es cierto que se tienen técnicos en los laboratorios, esto no les limita porque, en el caso del laboratorio del doctor

Tapia, los técnicos participan en los proyectos de investigación de manera más íntima y más intensa que simplemente de apoyo técnico, por eso son coautores de los trabajos que se publican.

Tutores, profesores, doctorantes, tesistas, estudiantes o técnicos, el grado de compromiso y de participación debe ser uniforme en todo el equipo.

—Creo que es algo inseparable —comparte al pensar en toda la gente que ha doctorado— obviamente para mí ha sido extraordinariamente importante, irremplazable y satisfactorio.

Un *ultra* universitario confeso

A la hora de conversar con cualquier investigador longevo de la UNAM es difícil suprimir el tema del movimiento de 1968, que a pesar de tener orígenes y motores muy diferentes a los otros que han ocurrido dentro de la universidad, también tuvo repercusiones importantes dentro de los laboratorios.

— ¿Cómo le tocó vivir lo ocurrido durante el '68?

—En el '68 fui sólo a alguna marcha porque era una época en la que trataba de levantar el laboratorio.

—Cuando todo eso se generó, Guillermo Massieu ya era director general del IPN.

—Entonces nosotros estábamos tratando de seguir en el laboratorio, no me involucré mucho por eso.

Los conflictos universitarios son un tema que el doctor Tapia prefiere evitar porque hieren lo más profundo de su amor por la UNAM. Cuando se le pregunta por su participación en la Comisión de Encuentro con el Consejo General de Huelga (CGH) para conciliar las demandas que tuvieron paralizada a la institución durante diez meses entre los años 1999 y 2000 responde:

—Casi, casi me rehúso a platicar de eso. Fue muy desgastante y desafortunado.

Finalmente accede a describir lo que le tocó ver de cerca tras la invitación que le hiciera, el entonces rector, Francisco Barnés de Castro. Lo resume como una repetición de lo que se había vivido varias veces antes. Ésta vez se llamó CGH, anteriormente, cuando el Congreso Universitario aprobado por Jorge Carpizo y realizado por José Sarukhán en 1990, se llamaba CEU.

—El famoso CEU, abominable Consejo Estudiantil Universitario; lo mismo, siempre ha sido lo mismo —afirma con hastío— yo llevo casi cincuenta años aquí en la universidad, estos movimientos populistas de la universidad para el pueblo y que la ciencia tiene que ser para el pueblo es cosa terrible.

— ¿Por eso es que usted ha dicho que prefiere una universidad cerrada que una universidad populista?

—No es universidad una universidad populista —responde tajante— además ya se tuvieron otras experiencias, como la rusa, todas las experiencias están hechas, este socialismo, marxismo trasnochado, satura y ahí andan agazapados todavía quienes quieren golpear a las universidades.

— ¿Golpear de qué manera?

—CEU, CGH, etcétera, han sido, desde mi punto de vista, para cambiar desde dentro a la universidad, para convertirla en una escolota donde todo mundo entra como en la que hizo el *Peje*, esa Universidad de la Ciudad de México. Yo no sé cómo decidan a quienes rechazar ahí porque teóricamente entra cualquier persona y no importa.

—Debe tener algún proceso de selección.

—Yo lo leí y no lo podía creer. No sé si estoy citando textualmente pero cuando la crearon dijo su rector que un término que no podían utilizar era el de la excelencia académica porque esta universidad es para todos y del pueblo.

—Es decir que utilizó el término de excelencia como sinónimo de exclusión cuando la calidad no depende de la cantidad de estudiantes.

—Pero esa es la universidad que creó el *Peje*, esa es la universidad que quieren el CEU y el CGH, me opongo radicalmente a eso. No me opongo a que sea masiva mientras sea funcional.

Reitera su rechazo al tema, pero recuerda que empezó todo por el plan de cuotas de colegiatura. El doctor Tapia destaca el hecho de que el doctor Barnés propuso las cuotas, teniendo el consenso de todos los consejos técnicos de las Facultades, menos uno.

—Todos habían aprobado eso, hasta el propio Consejo Universitario, pero de ahí se pescaron los huelguistas.

Por su parte, Herminia Pasantes considera que para Ricardo Tapia fue una prueba tremenda:

—Se estaba enfrentando a unos individuos insolentes, de una altanería, de una soberbia, de una estupidez... una cosa espantosa —le cuesta ser clara abatida por la estupefacción— para él, haber aguantado eso por el bien de la UNAM, debió ser una prueba de carácter verdaderamente impresionante.

La doctora se expresa con sinceridad y confiesa que a su amigo siempre lo recuerda como Quijote peleando contra cosas que sabe que no se van a resolver pero que tampoco puede aceptar. Una de esas causas difíciles es que la UNAM no sea como él cree que debe ser, a pesar de que mucha gente, incluida ella, coinciden con él.

—A Ricardo no le importa ser políticamente correcto, no le interesa y eso es meritorio porque la mayor parte de la gente, aun los investigadores más inteligentes, se cuidan mucho de que sus opiniones no parezcan demasiado radicales, aunque piensen que ese radicalismo es el correcto.

El doctor Tapia está convencido de que el movimiento fue absolutamente destructivo para la universidad. Los alcances de todo esto no sólo tocaron a los investigadores como un sector de la UNAM sino que se hicieron presentes en sus laboratorios como en el de neurociencias.

—Uno de mis alumnos del doctorado, Fernando Peña, estuvo metido ahí, en las reuniones en Minería. Una vez él estaba enfrente de mí —exclama atónito— ¡mi estudiante de aquí del laboratorio!

A este respecto, la doctora Arias opina que se trató de un alumno brillante, apreciado por Ricardo y honesto. Reflexiona sobre el hecho de que cuando las personas están en banderas ideológicas diferentes, desde el punto de vista de cada quien, cada cual puede ser válida.

—Creo que Ricardo, a pesar de que siempre ha sido muy vehemente y real en su idea de universidad, en sus principios políticos e ideológicos, siempre ha sido muy respetuoso.

Ella recuerda haber tenido polémicas fuertes con el doctor Tapia, sin embargo, asegura que el debate jamás lastimó el trabajo en el laboratorio ni la amistad que hasta el día de hoy existe. Nunca se sintió agredida por tener ideas diferentes. En el caso de Fernando Peña supone que debió ser una situación difícil hasta cierto punto porque a Ricardo le gusta la polémica:

—El no se amedrenta, le gusta discutir pero no necesariamente imponer. Creo que él entiende que así se dio esa circunstancia.

—Seguramente a lo largo del conflicto hubo algunos alumnos menos favorecidos que otros.

—Hubo casos en la UNAM de alumnos que fueron después hasta despedidos de sus laboratorios, no muy frecuente, pero sí se dieron casos por situaciones ideológicas y Ricardo, a pesar de ser muy institucional, muy comprometido con sus ideas y que fue muy participativo al ir a la mesa de negociación, también es respetuoso, es una de las grandes cualidades que tiene Ricardo.

El asunto es delicado por lo que soy partidario de escuchar todas las voces. Es necesario permitir que Fernando Peña, ex alumno de doctorado del laboratorio de neurociencias y actual investigador del Cinvestav Sur, exponga lo que corresponde a su perspectiva:

- ¿Cuándo fue que usted se sintió tocado por todo este movimiento?
- Cuando vino la propuesta de Barnés. Para mí resultaba inaceptable cobrar por estudiar en una universidad pública. Pagar por educación es con lo que no estoy de acuerdo.
- ¿Qué le pareció el llamado “plan Barnés”?
- Que era muy abierto y dejaba ver de qué magnitud eran las cuotas que pensaba cobrar, yo hacía mis cuentas y veía eso realmente inaceptable.
- ¿Se refiere a las cuotas para alumnos de doctorado?
- Sí, porque en ese momento, a pesar de ser estudiante de doctorado becado por el Conacyt, no me alcanzaba. Si lo vi absurdo para los estudiantes de bachillerato y licenciatura, lo veía más absurdo para los de posgrado, porque a ellos incluso se les paga por estudiar. ¡Pagarles las becas y además cobrarles cuotas era un exceso!
- ¿Fue por eso que decidió participar?
- Lo decidí porque Barnés venía haciendo muchas modificaciones a la universidad, imposiciones bastante serias y era claro que iba con todo. Yo decidí participar en el movimiento en contra de este cambio a sabiendas de las consecuencias que esto podía traer.

El activismo de Fernando Peña no fue fortuito. Él apreció a la UNAM desde que ingresó porque, además de ser una institución de calidad, es gratuita, por eso se involucró políticamente en la defensa de cuestiones sociales. Como antecedente del movimiento que vivió desde el laboratorio de Ricardo Tapia, recuerda que el anterior fue durante el rectorado de José Sarukhán, quien inicialmente propuso un aumento de cuotas. El movimiento que se generó en aquella ocasión no se prolongó demasiado porque la rectoría decidió retirar las propuestas y guardarlas para un mejor momento. Aunque breve, desde entonces Fernando participó políticamente, de hecho, fue electo como consejero universitario de la Facultad de Ciencias.

En 1999 Fernando Peña ya vivía con quien actualmente es su esposa, él habló con ella acerca de lo terrible de la situación y de su interés por involucrarse, le advirtió de los alcances de una acción como esa, ambos estuvieron de acuerdo en que no podía permanecer sólo como observador. Peña aún considera que

nada fue trivial, se trató de un movimiento desgastante que lastimó a la universidad de manera innecesaria:

—Al final las cuotas eran lo de menos. Si bien se consiguió parar con todo eso, fue a un precio altísimo que fue cerrar la universidad prácticamente un año, eso no fue trivial.

—¿Habló con Ricardo a este respecto?

—Inicialmente no. Para tomar mi decisión de participar en el movimiento no lo consulté. Participé por decisión personal, pero casi inmediatamente Ricardo se enteró y tuvimos una plática.

Lo que ocurrió en el IFC, como en las escuelas, facultades e institutos de la UNAM, fue que los activistas reunieron a los estudiantes para sondear el parecer de todos ellos:

—Una compañera y yo citamos a una asamblea para ver cuál era el sentir en el instituto. Pegamos papeles citando a la asamblea. El sentir generalizado era de oposición, aunque también hubo quien lo veía bien, aceptable, pero en general, lo veíamos como algo que no estaba bien.

Una vez que Ricardo Tapia se enteró de la decisión de Fernando Peña no se contuvo para expresar su opinión:

— ¡!!!¿Cómo se te ocurre participar en esas cosas?!!! —preguntó el doctor con incredulidad.

— ¡Ricardo —argumentó Peña— yo tengo un compromiso con la UNAM y es permanente!

— ¡Pues cúmplele a la universidad!

— ¡Si cobraran cuotas yo no estaría aquí, así de simple! Para el sector social del que yo provengo pagar cuotas es algo imposible, está fuera de cualquier posibilidad. Yo creo en la gratuidad de la universidad porque gracias a eso estoy aquí y si yo la disfruté quiero que la disfruten todos. A la UNAM le debo todo lo que soy.

En la pequeña oficina que hoy ocupa el doctor Peña en un rincón de su laboratorio lleno de estudiantes en el Cinvestav Sur, habla del compromiso que ha mantenido y cumplido dentro del alcance de sus posibilidades, como las clases que imparte en la Facultad de Psicología. Afirma que en la actualidad una cuota no le significa problema alguno porque tiene buen ingreso económico, pero en aquel entonces, con la situación que vivía su familia, no era viable pagar una colegiatura de posgrado como las pretendía el Rector Barnés de Castro.

—Doctor Peña, acláreme por qué el mismo doctor Tapia me ha dicho que si no es pública no es universidad.

—Estoy de acuerdo, pero lo público es relativo. Él ve lo público en el sentido de que sea esfuerzo del estado tenerla y apoyarla. Yo estaría de acuerdo con él si lleváramos lo público a su máxima expresión porque no sólo se trata de que el estado la apoye sino de que la mantenga y le dé todos los recursos necesarios para que no se vea obligada a recurrir a los estudiantes.

Fernando Peña señala que el discurso principal en este asunto fue que la UNAM es una universidad pública, por lo cual debe ser subvencionada por el estado y por consiguiente gratuita; pero también reconoce que existió el discurso que alegaba contra la gente que no aprovecha esa oportunidad:

—Se dice que aquí se cuelgan y que no la valoran porque no la pagan, que estamos subvencionado a gente que tiene para cubrir sus cuotas pero no lo hace.

—Eso ocurre en varias escuelas y facultades.

—Si te das cuenta en la misma Facultad de Ciencias pocos son pobres, hay muchos riquillos, pero no importa porque como es una cuestión de derecho a la educación, pues el mismo derecho lo tienen el pobre y el rico. No vamos a pelear por discriminar a unos y a otros no. Aquí somos parejos y la UNAM es tan noble que recibe a todos, pobres o ricos, porque es una cuestión de derecho aunque eso nos meta en el debate de si lo avala o no la constitución por la interpretación del artículo tercero constitucional.

Por su parte, Ricardo Tapia está convencido de que nunca se le ha hecho justicia al ex rector Francisco Barnés de Castro:

—Fue atacado por todo el mundo. En mi opinión, Barnés sí cometió muchísimos errores, no académicos sino políticos porque él sabía que tenía el apoyo de Zedillo y no pudo, Zedillo nunca hizo nada.

A Fernando Peña no le queda duda de que el entonces rector contaba con el apoyo del doctor Tapia:

—Él vio muy bien el plan de las cuotas así como las modificaciones previas, por ejemplo, la eliminación del pase automático y otras cosas que modificaban a la universidad con una forma de actuar muy particular. Ricardo siempre estuvo de acuerdo con las posturas del rector y veía con malos ojos la reacción que tuvimos los estudiantes.

— ¿Qué fue lo primero que pasó por su mente cuando la rectoría invitó a Ricardo Tapia a ser miembro de la Comisión de Encuentro?

— ¡Esto se va a poner de la patada!

— ¿Así de grave?

—En realidad no me sorprendió porque él tenía cercanía con Barnés. Ricardo es un hombre que defiende sus puntos de vista con elocuencia y buenos argumentos, es muy firme en sus pensamientos, supongo que esas cualidades vio Barnés.

Lo que se intentaba era establecer un contacto entre las autoridades y el CGH, de manera que el doctor Barnés buscaba gente firme, con una visión clara de lo que necesitaba la rectoría y capacidad de argumentación, cualidades que posee Ricardo Tapia.

—Cuando lo nombran parte de la Comisión de Encuentro —recuerda Peña— yo lo vi como algo esperable, pero estaba seguro de que, como ya me lo había dejado ver sin decirme palabra alguna, nada afectaría nuestra relación académica.

—De cualquier manera el problema saturaba el ambiente de toda la UNAM.

—Teníamos discusiones fuertes. Él me llamaba a cada rato para reprocharme y darme sus argumentos. Yo le daba los míos, pero no peleábamos, sólo argumentábamos y discutíamos. Él nunca dijo: yo soy tu tutor y tú tienes que aceptar.

Esos diálogos eran tensos y siempre sobre la misma línea. Ambos muy fieles a sus respectivas posturas:

—Yo no veo correcto eso —señalaba Tapia— tú estás a cargo de tus experimentos para formarte como doctor, no para andar metido en alborotos.

—Lo siento —defendía Peña— para mí es un compromiso y no lo voy a modificar, como no voy a modificar el que tengo con el laboratorio, mi trabajo experimental no se ha visto tocado por esto. Yo buscaré mecanismos distintos para poder participar en ese movimiento sin faltar al compromiso que he hecho contigo.

—Pues yo lo veo muy mal —insistía el doctor— estoy decepcionado de que tú participes en esto y allá tú.

Sin importar el elevado tono de esos diálogos, Fernando Peña reconoce la integridad de Ricardo Tapia:

—Yo lo comparo con muchos que no son nada íntegros de ese instituto, no voy a dar nombres. Él es capaz de ver las diferencias entre lo que son la academia, el libre pensamiento y la política, Como mi tutor académico me exigió como el que más, pero fue capaz de respetar que yo pensara distinto, incluso que pensara completamente en contra y que estuviera haciendo cosas que, para él, eran inaceptables, cerrar la universidad para él es una afrenta personal.

— ¿Qué me puede decir de la experiencia en el Palacio de Minería?

—Estuvimos un par de veces en la misma mesa. Él fue parte de la Comisión de Encuentro y yo fui parte de la Comisión Negociadora del CGH. En Minería nos tocó estar en la mesa: las autoridades de aquel lado y nosotros de este, ahí estaba Ricardo y aquí estaba yo.

— ¿Frente a frente?

—Procuré no sentarme exactamente enfrente pero sí estábamos uno de cada lado, cada quien argumentando por la instancia que representaba: yo traía los argumentos del CGH y él los de la rectoría.

Herminia Pasantes piensa que para el doctor Tapia deben haber sido duras las entrevistas en el Palacio de Minería:

—Yo siempre pensaba en él cuando las oía por el radio porque si yo, que era un poco más realista por así decirlo, estaba tan enojada, pues me imagino lo que sentía él cuando tenía que hablar con esos individuos verdaderamente indescritibles en su arrogancia, en su cerrazón, desde la forma como manejaban el lenguaje, era espantoso.

La doctora considera que debió ser una de sus peores experiencias en la UNAM, sin embargo, lo que más marcó a Ricardo Tapia de aquellos diálogos parte de la referencia de los llamados “*ultras*” entre los integrantes del CGH:

—Usted estaba en la línea de combate por parte de la rectoría, ¿qué sentimiento le motivó?

—Yo sí, efectivamente, estaba en primera línea. Trataba de defender con razones la parte académica, si no es académica no es universidad. Esa siempre ha sido mi postura y a mí se me llegó a considerar, ahí en la Comisión de Encuentro por los del otro bando, como *ultra* pero del otro lado. Yo decía: me encanta, soy *ultra* universitario.

Ricardo estuvo muy entregado a la encomienda del Rector, aunque eso no evitó que con respecto a su alumno fuera objetivo y capaz de decir:

—Yo soy el tutor, sigo dirigiendo en el doctorado a pesar de que este desdichado ande metido en el cierre de la universidad.

Peña jamás falló en el laboratorio, realizaba sus experimentos y análisis de manera regular, asegura que fueron días terribles porque literalmente vivía en la universidad día y noche, de lunes a domingo:

—Casi me cuesta el matrimonio, ahí vivía, dormía, comía y hacía todo, pero nunca dejé de ir al laboratorio.

— ¿A pesar de ser un activista?

—Sí, sólo falté un día a un seminario porque venía de una asamblea del CGH que se había llevado a cabo en la FES Cuautitlán, eran terribles porque duraban toda la tarde y noche. Terminamos temprano en la mañana y no me dio tiempo, nada más hablé para avisar que no llegaba. Fuera de eso, no fallaba y supongo que eso hizo que Ricardo respetara.

La doctora Herminia Pasantes refiere a los tutores cuya paciencia llegó al límite ante sus alumnos:

—Al cabo de dos semanas dijimos: esto no lo aceptamos y si siguen cerrando les quitamos sus becas del Conacyt y les damos calificación reprobatoria.

— ¿Qué hicieron ellos?

—Se pusieron a trabajar.

Herminia Pasantes comparte muchas opiniones con Ricardo Tapia respecto a esa edición del conflicto y las dificultades que tuvieron que enfrentar al igual que muchos investigadores. Fueron varios meses y ellos tenían que pasar por los retenes de los huelguistas, la doctora recuerda que siempre había uno con un bote pidiendo dinero para apoyar al movimiento, ella fiel a su visión nunca acalló su rechazo y la opinión que tenía de ellos:

— Estoy en contra —siempre que pasaba se los decía.

—Si no da dinero no pasa —condicionaban los muchachos.

— ¿Tú crees que me vas a respetar si yo por pasar te doy dinero? —ella los retaba— ¡pues no paso!

A partir de esa ocasión tuvo que dejar su coche fuera de CU y caminar ya que esa se volvió la única manera de acceder a los Institutos.

—Yo tenía suerte porque siempre quedaba en el grupo de mujeres o de gente mayor a sesenta años, siempre caía en alguno de esos y pasaba. Muchas veces tuvimos que entrar caminando.

—Un vehículo no entraba jamás y luego tampoco a pie porque cerraban todo —el asombro del doctor Tapia no se disipa a pesar de los años que han pasado— claro, nos las arreglábamos para entrar como podíamos, pero fue una cosa espantosa: diez meses, ¡diez meses! Y fue absolutamente terrible.

De manera general los profesores se mantuvieron al margen del movimiento. El doctor Peña, como el resto de sus compañeros, entendió que el sector académico no quiso participar de las decisiones que los jóvenes tomaban. Se preocuparon por marcar claramente quiénes eran los investigadores y quiénes los estudiantes. La gran mayoría de los investigadores estaba a favor del plan de Francisco Barnés y en contra de que los alumnos se manifestaran.

Algunos investigadores se sintieron más agraviados que otros y estaban dispuestos a todo, Herminia Pasantes cuenta la historia con humor a pesar de la euforia que se vivía en esos días:

—Afortunadamente no vinieron a tratar de cerrar el instituto porque no sé cómo habríamos reaccionado, había una investigadora que quería salir con jeringas llenas de ácido sulfúrico.

— ¡¿Todo por defender su laboratorio?!

—¡Muy chistoso! —afirma la doctora.

Todo lo que se ha hecho por la UNAM, en ocasiones, ha requerido esfuerzos titánicos, no se sufren porque valen la pena, pero sí duelen cuando se ven amenazados, así lo siente Ricardo Tapia:

—Para quienes hemos estado tanto tiempo aquí en la universidad y hemos visto cómo han crecido la investigación y los posgrados, cada vez que comienza otro movimiento de estos decimos: ya lo vimos, otra vez están esos y son los mismos —la estupefacción vuelve a aflorar— toda una experiencia terrible, hicimos hasta lo indecible para tratar de resolver el problema y de

convencerlos, porque además ya habían ganado todo, se quitaron las cuotas otra vez.

Las opiniones respecto al movimiento eran muy severas y muchas de ellas tenían sustento, sin embargo Fernando Peña no olvida algo importante:

—¿Qué es eso que usted quiere destacar?

—Un paliativo que hubo: que la investigación no paró y eso fue muy bueno.

—De hecho —la doctora Pasantes quiere comentar— nuestros estudiantes un día decidieron que no iban a trabajar los lunes, que iban a cerrar.

—¿Qué hizo usted?

—Vine y traje mis papeles, iba a sentarme en la escalera a trabajar a ver si no les daba vergüenza.

El Instituto de Fisiología Celular nunca suspendió sus actividades porque los investigadores no se quedaron en sus casas sólo a esperar desenlaces, pudieron trabajar aunque con las limitantes obvias de un acceso restringido para proveedores y todas las personas ajenas a la UNAM pero cuya participación es importante para la investigación.

A Ricardo Tapia aún le duelen las consecuencias irreparables de esos días de oscuridad en CU:

—Se perdieron cultivos de tejidos que requieren una temperatura determinada. ¡No, no, no! Fue absolutamente destructivo. Estuvieron a punto de destruir a la universidad, por eso y por muchas otras cosas detesto al PRD porque eso fue una acción organizada por el PRD.

—Doctores, voy a repasar y rescatar los dos puntos importantes de lo que ahora hablamos. Uno es que el movimiento sí afectó a los laboratorios y el otro es que, a pesar de eso, no los fastidió del todo porque pudieron trabajar, a un ritmo menor pero tuvieron actividad. Se podría decir que se vieron tomados por el cuello, bastante apretados pero no ahorcados. ¿Qué reflexión queda de todo esto, doctor Peña?

—En retrospectiva veo que debemos tener más cuidado cuando se hacen esas cosas. Tanto los estudiantes, cuando lleven a cabo movimientos, como las mismas autoridades, tiene que medirse para que eso no vuelva a pasar.

La evaluación final que Fernando Peña hace de las mesas de negociación es que fueron poco fructíferas porque no se obtuvo nada útil a pesar de la presencia de los dos bandos opuestos. El movimiento presentó un pliego petitorio ante el cual respondían las autoridades, pero más que un espacio de negociación o de exposición de demandas, la observación de los medios de comunicación lo volvió un evento más discursivo que de mediación:

—Era difícil en estas condiciones, las negociaciones son difíciles cuando la sesión es tan pública y con tanta gente. Ricardo lo argumentaba hacia la generalidad de la representación del CGH y hacia los medios, lo mismo hacíamos nosotros. Lo que interesaba era que la opinión pública tomara nota de lo que pedíamos y de lo que ellos estaban dispuestos a ceder, nada personalizado.

Aunque a Ricardo Tapia no le tocó formar parte de la comisión que se entrevistó con el entonces presidente Ernesto Zedillo el 31 de agosto de 1999 después de aquella gran manifestación frente al Auditorio Nacional, recuerda que la conclusión del encuentro fue que la presidencia no tenía intención de ordenar acción alguna en ese momento. Fue hasta el 6 de febrero de 2000 cuando la policía entró a la universidad para satisfacer la insoportable demanda de recuperar a la UNAM.

La doctora Herminia Pasantes recuerda cómo hacia la parte final del movimiento los alumnos fueron hacinados y expulsados del CGH:

—Cuando el último diálogo en el Palacio de Minería, ya habían sacado a todos los estudiantes de la UNAM, ya era la gente esa que no sabíamos ni qué buscaba ni quién le pagaba ni qué estaba sintiendo ni nada, pero eran unos revoltosos muy bien apoyados, no sabemos por quién.

Casi cumplido un año, el conflicto degeneró y la participación estudiantil se diluyó, los mecanismos democráticos en la toma de decisiones se perdieron. Finalmente Fernando Peña coincidió con Ricardo Tapia cuando éste señalaba esos hechos:

—¡Ve a estos cuates, son unos cuantos tomando decisiones por todos!

—A mí me expulsaron del CGH, ¿qué puedo hacer?

Peña pertenecía a la llamada Coordinadora de Estudiantes de Posgrado, que al inicio del conflicto participó pero que, más adelante, fue expulsada del movimiento porque decidieron no ir a huelga:

—Nunca cerramos, eso era lo que ellos pedían, nosotros argumentábamos por qué no es posible cerrar los institutos. Hacia adentro del movimiento dejábamos claro que lo apoyábamos y que estábamos en contra de las reformas, pero los institutos no los íbamos a cerrar porque representaba un crimen terrible.

— ¿En qué rompió esa tensión?

—El sector que se llamó de los *ultras* nos acusó de traidores y vende huelgas, ellos fueron los que finalmente quedaron al frente del movimiento, nos botaron.

“Si no cierran se van”, era la consigna de los radicales. El lado positivo de la presencia de los estudiantes de posgrado en el movimiento, mientras les fue posible permanecer, fue que gracias a ello los institutos pudieron seguir funcionando.

—Ya al final no participé en el movimiento porque ya no tenía sustancia y no estaba de acuerdo en los métodos del CGH para su toma de decisiones. Eso destensó mi relación con Ricardo porque la evaluación que hacíamos con respecto a cómo se comportaban estos tipos era la misma.

— ¿Cuál era esa visión en la que coincidían?

—Que a los ojos de Ricardo dejaron ver que no eran democráticos. Se degeneraban: cuando el grueso de los estudiantes abandona la toma de decisiones se queda un sector duro que tiene una visión propia y siente que es la verdad y que quienes no la comparten son traidores. Ante todo eso es difícil no estar de acuerdo en la evaluación que se hace de esos muchachos. Ahí estábamos Ricardo y yo de acuerdo respecto a esas particularidades. Cada quien con su punto de vista original, Ricardo sigue pensando al día de hoy que hay que cobrar colegiaturas y yo sigo pensando que eso es un atropello.

—Creo que hay otras soluciones —el doctor Tapia sustenta su punto de vista— lo cual no es tampoco despreciar ni discriminar, pero precisamente una de las virtudes de nuestra universidad es que es pública y que cualquiera puede entrar si tiene lo que se pide. Finalmente, son estudios superiores y no creo que sea discriminatorio —enfatisa— de las cuotas que se habían aprobado cuando el rector Barnés, bastaba con que la gente dijera ‘no puedo pagar’ para que no pagara y así quedó aprobado. No se iba a investigar si decía la verdad, no iba a ir una trabajadora social a su casa, bastaba con que dijera eso para que ya no pagara.

Por fortuna, el doctor Tapia no permitió que su juicio se nublara al tratar estos temas y a la hora de ser franco con sus alumnos también fue justo. Clorinda Arias precisa en el caso de Fernando Peña:

—Fue un alumno querido y brillante, después de todo Ricardo le hizo una carta de recomendación realmente buena cuando se fue a hacer su posdoctorado.

— ¿Así, sin resentimientos?

—Estaba ideológicamente en otro bando, pero finalmente había que discutirlo. Cuando Ricardo Tapia lo hace es porque considera que definitivamente tiene la razón, va a tratar de convencer a la otra parte, pero considero que siempre con mucho respeto.

Han pasado varios años del conflicto pero Fernando Peña no olvida la esencia de la causa ni el tema que le provoca participar: la realidad mexicana. Le preocupa la cantidad de estudiantes que acceden a programas de posgrado:

—Son muchos los alumnos rechazados del bachillerato; después los que llegan a la universidad son un sector más reducido: de más de 90 mil chicos que quieren ingresar, sólo 9 mil son aceptados, es decir, 81 mil son rechazados; de esos, si quieren hacer doctorado, son pocos los aceptados.

— ¿Cuál es la lectura de este fenómeno?

—Que es una cuestión elitista donde los muchachos que cuentan con muchos recursos y mejor formación porque viene de escuelas particulares, tienen más elementos para desarrollarse en la carrera, para presentar buenos exámenes para el doctorado y generalmente son los que se quedan. Eso es porque así es el sistema, la oferta es muy pobre y generalmente acceden los que están mejor preparados, esos son los de estratos sociales altos porque tuvieron una mejor educación.

— ¿Se da este caso en laboratorios como el de Ricardo Tapia?

—En el IFC están la crema y nata de los investigadores de este país, lo mismo ocurre en términos de estudiantes de posgrado. Son muchachitos que vienen de familias con dinero. Si te vas al estacionamiento y ves los coches que están estacionados ahí, te das cuenta. Pero eso no vale más, finalmente son los que llegaron y tanto derecho tienen ellos como yo que vengo de CCH Sur.

— ¿Usted proviene de la escuela pública?

—Desde el Kinder, así que, si tuve el chance de llegar, fue nada más por lo que definiendo y defenderé. Gracias a la UNAM es que yo lo logré, de otra manera, no sé a qué me dedicaría. Es una cuestión general del país: la cuota educativa que existe y que en lo estratos más altos de educación están los que tiene más recursos.

—Lo ideal es que la calidad en la educación sea la máxima sin importar si es pública o privada ni el ingreso de los padres de cada estudiante.

—Yo veo a la UNAM como una institución muy noble que es capaz de aceptar a personas, como en mi caso, de muy escasos recursos y volverlos

profesionistas, investigadores o artistas. Formarlos en miles de disciplinas es un factor de movilidad social.

Fernando Peña considera a nuestra máxima casa de estudios como uno de los pocos medios que existen en nuestro país para que la gente acceda a mejores estándares de educación y de expectativas de vida. El doctor pertenece a una familia de once hermanos con los que compartió las dificultades para estudiar.

—Si no ibas a la escuela pública, no ibas —va directo al punto— si nos damos cuenta, esa es la situación de este país. La mitad de la población está en pobreza, instituciones como la UNAM, con la gratuidad que ofrecen, son mecanismos que sí permiten acceder a otro tipo de educación.

En síntesis: al término de su carrera egresó de la facultad y abandonó su participación política porque estaba muy entusiasmado con la investigación que absorbía el cien por ciento de su tiempo. Durante el doctorado participó en el movimiento mientras era alumno de Ricardo Tapia. Actualmente es investigador titular de un laboratorio que desarrolla proyectos acerca de terminales nerviosas aisladas. Hoy día, como cabeza de equipo, entiende muchas de las opiniones de su ex tutor y hasta las comparte, sin embargo, sobra decir que su compromiso mayor es la defensa de la educación pública, principalmente en su casa, mi casa y, seguramente, la de muchos lectores de esta semblanza: la UNAM.

3. Gajes del oficio

Cuando un hombre se entrega por completo a su actividad y logra los objetivos con creces, vale la pena prestar atención y aprender de él. Así lo han hecho una cantidad importante de científicos que aprecian a Ricardo Tapia como un profesional y no escatiman en gestos de gratitud. Anécdotas curiosas y opiniones apasionadas dan color al retrato del doctor en éste capítulo.

Al doctor con cariño

En la actualidad, son alrededor de quince ex integrantes del laboratorio del doctor Tapia los jefes de equipos de investigación en neurociencias en México y el extranjero, principalmente Estados Unidos y la relación con la mayoría de ellos aún es estrecha, pues a muchos de ellos los ve con frecuencia.

¿Alguno de esos discípulos cuenta con algún rasgo en particular por el cual lo recuerde de manera especial? El doctor Tapia asegura que todos han tenido su respectiva importancia y a todos ellos los valora sin distinciones, sin embargo, prefiere no entrar en detalles:

—A ese nivel específico, sería platicar ‘muchisisísimas’ anécdotas, pero puedo platicar qué está ocurriendo en este momento con una de las personas cercanas a mí, que es investigadora del Instituto de Investigaciones Biomédicas.

Se trata de la doctora Clorinda Arias, quien durante la elaboración de esta semblanza funge como editora huésped (*guest editor*) en un número especial que la revista internacional *Neurochemical Research* dedicará al doctor Tapia. Esta publicación especializada dedica una vez al año, o dos ocasionalmente, un número completo a algún investigador destacado. Cuando el editor en jefe avisó a Ricardo Tapia que lo tenía en la mira para el siguiente número especial tuvo que pensar en alguien que conociera bien la carrera del doctor para darse a la tarea de recibir el material, revisarlo y turnarlo a los referís

correspondientes porque de cualquier manera se arbitran, aunque sea un número especial, los textos se corrigen.

Al respecto, la doctora Arias comenta:

—Me distinguió con el encargo de fungir como editora invitada de esta revista y recibir y convocar los manuscritos que van a formar parte del número especial.

Es el mismo investigador al que se dedica la edición quien sugiere al *guest editor*.

— ¿Por qué usted?

—De los estudiantes que se formaron con Ricardo, yo fui la que pasó mayor número de años en el laboratorio, desde el primer año de la carrera hasta hace diez años que me independicé, pasé prácticamente un poquito más de veinte años trabajando directamente en su laboratorio, desde que yo tenía casi dieciocho, diecinueve años.

—Supongo que no sólo fue por haber estado presente todos esos años, debe haber algo más.

—Nuestra relación siempre fue buena, de mucho respeto, trabajo y muy seria en el terreno de la publicación. Hicimos una mancuerna buena en el tiempo que trabajamos juntos, publicamos trabajos en buenas revistas.

—Lo mismo ocurrió con varios compañeros, ¿qué *plus* considera tener para ser la editora invitada adecuada?

—Vi pasar a muchos de sus estudiantes, conozco la historia de los estudiantes anteriores y la convivencia que se dio en el grupo de neuroquímica en el Instituto de Fisiología Celular que era también muy pequeño y muy cercano.

—Creo que los nombres de ese grupo no me resultarán ajenos.

—La doctora Herminia Pasantes, Rocío Salceda, Graciela Meza, Miguel Pérez de la Mora, era casi una familia, éramos un grupo pequeño de mucha convivencia académica y en ese sentido, de alguna manera, me inserté en esa historia de conocer su trayectoria anterior, de alumnos anteriores y de pasar y convivir incluso con muchos de los estudiantes que ha tenido.

La gratitud de la doctora Arias es manifiesta, siente una gran distinción de parte de Ricardo Tapia hacia el trabajo que realizaron juntos durante tantos años. Para ella los resultados, además de medirse en ciencia producida, se pueden medir en científicos formados, porque a su vez harán más ciencia. Es un punto muy importante en la trayectoria del doctor Tapia. Es de los investigadores que más gente ha formado y que tienen laboratorios independientes y productivos en México y en todo el mundo.

Reconocimientos

En la carrera del doctor Ricardo Tapia se puede resaltar un trienio que registró importantes eventos en ese periodo. En 1996 fue nombrado Investigador Emérito de la UNAM, en 1997 se realizó un simposio en su honor con motivo del nombramiento y su trayectoria, finalmente en 1998 la revista *Neurobiology* le dedicó el número uno del sexto volumen.

Aunque el término de emérito fue utilizado por primera vez por los romanos para referirse a los legionarios con licencia que gozaban de privilegios y recompensas debido a sus buenos servicios, ahora se emplea, principalmente, para nombrar a los miembros de las universidades cuyo trabajo y trayectoria ameritan una posición laureada.

La distinción históricamente se formalizó en 1639 cuando la Academia Francesa determinó que serían cuarenta personas las que pertenecerían a ella y así alcanzar el máximo grado. Con base en ese modelo, la Universidad Nacional Autónoma de México nombra eméritos a quienes destacan en su carrera académica y de investigación con contribuciones importantes para la institución. Tal reconocimiento ahora es tanto en lo académico como en lo salarial y equivale a pertenecer a ese selecto grupo de hombres y mujeres. Cada universidad establece los años mínimos de servicio para ser considerados, en el caso de la UNAM son treinta.

El proceso para alcanzar el grado de emérito dentro de la UNAM es realmente complejo debido a que participan varias instancias de valoración. Primero debe

surgir la propuesta dentro de la misma entidad académica. Por lo menos veinte profesores e investigadores sugieren un candidato al director, si él está de acuerdo, lo lleva ante su consejo técnico. Es preciso señalar que los institutos, a diferencia de las facultades, además de ese, cuentan con un consejo interno. Así, el consejo interno del instituto al que pertenece el candidato avala la propuesta para enviarla a la comisión dictaminadora, ésta la pondera y la devuelve al consejo interno para ser canalizada al consejo técnico del instituto. De ahí pasa al Consejo Técnico de la Investigación Científica donde existe una comisión que vuelve a revisar la propuesta para llevarla al pleno. De ser aprobada, se envía a la Comisión de Asuntos Académico-Administrativos, a la del Trabajo Académico y a la de Legislación, una vez valorada y aprobada se lleva al pleno del Consejo Universitario para la votación final.

Cuando Ricardo Tapia pasó por este proceso el rector en turno era José Sarukhán, a quien le sorprendió ver, al inicio de su gestión, que de más de veinte mil personas que conformaban la planta de la UNAM, sólo había alrededor de ciento veinte eméritos:

— ¡¿Qué?! ¡Sólo les daban un escudito y luego felicidades! Salían con un título etéreo. Se trata del máximo reconocimiento que da la UNAM a sus miembros.

— ¿Cómo lo asumió desde la rectoría?

—Mi equipo de colaboradores y yo desarrollamos todas las circunstancias que ahora apoyan a los investigadores eméritos, de tal manera que tienen un trato especial, así como una serie de consideraciones y la posibilidad de viajar a donde necesiten, es decir, hay cosas tangibles que son conmensuradas con la distinción y que antes no había.

—Cuando el nombre de doctor Tapia comenzó a circular por las vías de este proceso, ¿cómo reaccionó usted?

—Me dio mucho gusto saber que se hizo la propuesta en el instituto y que había pasado por todos los pasos e instancias.

—Los dos fueron contemporáneos en el Instituto de Biología cuando usted y algunos pioneros más armaban un equipo para investigar temas de ecología.

¿Eso le provocó algún gesto especial de su parte?

—En todos los casos de eméritos yo personalmente escribía una carta que firmaba en el momento en que el Consejo Universitario lo aprobaba. En ella felicitaba a quien había sido nombrado porque me parecía que el rector tenía que expresar su beneplácito. Él, como todos, recibió una carta pero con una nota de más porque yo escribía algo más para todos a los que conocía. Siempre ponía una nota personal. En esa parte que yo añadía me refería a alguno de sus atributos o de sus contribuciones importantes, especiales para la universidad.

—Pasados todos estos años y ahora desde su oficina de Ecología de Poblaciones, ¿cómo ve el tema de los eméritos?

—Ahora no sé cuántos hay, pero yo estoy seguro de que la proporción debe ser muy parecida. Yo creo que el mecanismo es bueno y que, como en todo en lo que participamos seres humanos, puede haber errores. En general, en resumen es un proceso realmente comunitario y colegiado de distinción al personal académico de la universidad.

Ese primer suceso fue la consecuencia natural que tuvieron los pasos dados hasta ese momento, los otros fueron los ecos del mismo reconocimiento.

—El simposio fue idea de una de mis colegas que hizo su posdoctorado en neurociencias: Graciela Meza. A ella se le ocurrió realizar este simposio donde vinieron algunos de los investigadores de otras partes del mundo y mis ex alumnos que estaban en el extranjero. Hicieron un simposio muy bonito y esos trabajos fueron los que publicó la revista *Neurobiology*.

—¿Qué emociones le provocaron estos eventos?

—En primer lugar, un gran agradecimiento a quien organizó esto y a todos los que participaron en él. Fue muy agradable, muy bonito sentir que hay un reconocimiento porque he logrado hacer pensar a mis estudiantes como a mí me hizo pensar el doctor Guevara Rojas y que todos los de este grupo que he formado, junto con otros colegas que se formaron conmigo, somos una comunidad que piensa en términos científicos universales. La ciencia es igual en todo el mundo.

— ¿Sin fronteras?

—Es muy llenador, muy satisfactorio saber que esto es así y compartir este tipo de simposios de reconocimiento es como una identificación de que es muy bonita la ciencia en general.

Lograr que un nuevo científico extienda sus alas y vuele con impulso propio no significa que la labor ha concluido, es sólo una etapa más, no obstante, Ricardo Tapia piensa más en los alumnos con los que no se cumplió el sueño:

—Nunca puedo decir yo cumplí, en todo caso lo que se puede decir es aquí ya no se pudo. He tenido alumnos que a veces por razones personales o a veces porque no era realmente su vocación, en el buen sentido de la palabra, no terminan la maestría y en ese sentido de todas maneras no digo que no he cumplido.

—De cualquier manera lo importante es el conocimiento más que los protocolos. —No es que se alcance una meta y decir: ya hasta aquí, en términos académico-administrativos es cuando se doctoran pero no es cierto tampoco, porque luego se vuelven colegas.

Vuelve a partir del ejemplo de la gente que hoy labora en el IFC, de los que ahora son investigadores en este instituto o en otros de la UNAM, durante mucho tiempo lo siguen buscando en tono de colegas pero a la vez como guía para la parte final de su formación. Es tajante en su conclusión:

— ¿Cuándo se cumple? —se pregunta— pues nunca o siempre —se responde— como quieras decirlo, pero no son logros como ir subiendo una escalera, es un estatus, una vivencia permanente, quizá en términos numéricos se trata de las evaluaciones, si se ha formado tantas personas y si se han dirigido tantas tesis de doctorado, pero no es que uno diga ya cumplí aquí, no es así.

Toc, toc, ¿está el doctor en casa?

Ricardo Tapia ha tenido la oportunidad de impartir cursos en países como: Argentina, Uruguay, Venezuela y Honduras. El valor que da a estas

participaciones tiene mucha correspondencia con su ideal de universidad y la investigación que debe producir. Es lo mismo la ciencia en todos lados y la enseñanza también, aunque reconoce que existen grandes diferencias con países como Estados Unidos e Inglaterra, no pasa por alto el mérito de los cursos que organizan en Latinoamérica organismos y sociedades de neuroquímica como la *International Society for Neurochemistry*, donde se invita a investigadores de varios países, algo que enriquece las jornadas.

Todas fueron experiencias gratas, pero de todos los cursos en esos países afirma que, en particular, en Argentina fue muy bonito. Explica que en esa ocasión el programa fue teórico-práctico y se programó una duración de entre tres y cuatro semanas de las cuales su participación abarcaba dos semanas enteras en las que haría experimentos con los estudiantes de varias partes del mundo. Sin demeritar a los otros, confiesa que fue el curso más rico por el tiempo y por las horas diarias porque normalmente los cursos constan de algunas pláticas, mesas redondas y discusiones, pero en ese de Buenos Aires se trataba de tener un laboratorio como si fuera el propio, sólo que haciendo experimentos con los jóvenes asistentes.

Algunas de las intervenciones de Ricardo Tapia en laboratorios extranjeros se han dado de manera formal, como esos cursos o sus años sabáticos. El primero de ellos, en la Universidad *Rice* en Houston en 1967 del que comenta:

—Todavía no me había doctorado pero de todos modos contó como parte del doctorado —explica— fue combinación de posdoctorado sin doctorado y de parte de mi formación como doctor porque el registro era casero, no estaba todavía aprobado por el Consejo Universitario.

El segundo, en Inglaterra en 1970 donde estuvo en un laboratorio del *Medical Research Council* en Carshalton que queda en las afueras de Londres.

Además de todas esas experiencias, también ocurrió una intervención improvisada. En alguna ocasión que estaba en España, en viaje turístico, fue a Salamanca. Entonces vino a la mente la Universidad de Salamanca y pensó

entrar simplemente por un impulso, ya dentro, en algún pasillo encontró un letrero que indicaba un laboratorio donde se realizaba investigación en neurociencias, tocó a la puerta, entró y tuvo un mini seminario con el investigador principal que se encontraba ahí. El diálogo se dio natural:

—Oye, pues estoy aquí paseando pero vi el letrero —Tapia trató de explicarse— quise entrar a saludar.

—Bueno, pues siéntate, vamos a platicar —su anfitrión no necesitó más explicación.

La gratitud del doctor por la hospitalidad que se le brindó no sólo fue de palabra, también aportó un poco de lo que él es a pesar de que la ocasión no se repitió:

—Ahí le resolví un problema de un experimento, nunca lo volví a ver ni he sabido nada más de él.

—Debió ser una experiencia peculiar para los dos.

—Sí; un regalo en el sentido de que entras y te sientes que perteneces a una comunidad de pensamiento científico, eso es muy bonito y sucede en cualquier parte del mundo, es fantástica la ciencia.

—Ahí le tocó ser huésped, ¿le ha tocado ser anfitrión?

—Hay profesores invitados que vienen aquí o a veces no invitados, ha ocurrido también que de repente se presenta en el laboratorio alguien sin previa invitación y se sienta a platicar y salen cosas académicas, es muy enriquecedor, se siente uno muy bien.

Se dice coloquialmente que hasta entre los gatos hay razas, pero ¿entre los científicos qué ocurre? ¿Existen “razas” entre ellos? ¿Existe elitismo entre los que pertenecen a esa citada comunidad de pensamiento científico? Son muchas preguntas, pero el doctor José Sarukhán Kermez me compartió sus opiniones en las cuales busco respuestas. El ex rector de la UNAM asegura que siempre ha existido respeto entre ambos, tanto en el trato personal como en la parte académica, con esa acotación comienza el relato de su experiencia:

—Él ganó el Premio de la Academia Mexicana de Ciencias en 1976, yo me propuse uno o dos años después. Para entonces, yo ya tenía un buen número de publicaciones y, de hecho, era la única persona que investigaba ecología en el Instituto de Biología. Ricardo era miembro del jurado en la parte de investigación. Yo conocía a los otros participantes, eran buenos investigadores, pero me sentía con buenas probabilidades de ganar ese premio que, creo, en general nunca se ha teñido de cuestiones políticas.

— ¿Qué ocurrió en esa ocasión?

— ¡Para mi enorme sorpresa lo declararon desierto! Yo hubiera entendido que lo ganara alguien más, pero no entendí por qué lo declararon desierto.

Con sumo cuidado de parecer pretencioso, José Sarukhán se acercó Ricardo Tapia para saber la razón del fallo.

—Él dijo: pues como que ninguno tiene lo necesario... Como que él mismo no tenía muy claro por qué, pero yo tenía que respetar su decisión. Creo que la cuestión era que él estaba muy influido por la visión de que si no es investigación experimental no sirve.

—Alguna vez alguien me comentó que Tapia opinó por años con respecto a la investigación, que si no es experimental no es ciencia.

—Yo creo que fue eso porque me lo dijo de esa manera. Al año siguiente volví a participar y me dieron el premio. Creo que lo que he hecho, dentro y fuera del país, atestigua que ese tipo de trabajo sí importa.

El evento no afectó las coincidencias del trabajo que debían realizar, Sarukhán asegura que mucha gente lo hubiera considerado como un enemigo personal, pero él nunca se ha contado dentro de ese tipo de personas. Insiste que nunca dejó decaer la relación de trabajo a pesar del tipo de decisión que tomó Tapia:

—En el '76 estábamos en medio del conflicto y con muchas complicaciones, pero seguimos discutiendo y analizando cuestiones, de hecho, hasta me veían feo cuando estaba en el Departamento de Biología Experimental, me decían: ¡bueno, pues qué te vas a ir para allá o qué!

—¿Qué les respondía usted?

—Yo no me quiero ir para allá, pero estos cuates tienen una idea de lo que debe ser la investigación con la cual coincido totalmente. Mis colegas de zoología y de botánica no coincidían y yo lo sentía, pero ahí los otros estaban en lo correcto y coincidíamos.

El doctor José Sarukhán jamás volvió a comentar el asunto con el doctor Tapia, confiesa que en general puede hablar de eso con toda tranquilidad y sin que surjan resentimientos o sensación de ofensa. En buena parte la tranquilidad se la da el hecho de ser el primer estudiante que regresó a México con un doctorado en ecología:

—Mi investigación consistía en estudiar sistemas ecológicos, ecología de poblaciones, mecanismos de selección natural a corto plazo que repercuten en la evolución de plantas, trabajé mucho en demografía de plantas, enfoque poblacional y en ecología de sistemas. Trabajé en las afortunadas Estación de Biología Tropical de los Tuxtlas y Estación de Biología Chamela que está en la costa del pacífico.

Aprovecha la ocasión para destacar la importancia de estas instalaciones cuyos atributos principales son su pertenencia a la UNAM, ya que los investigadores pueden controlar lo que ahí pasa, y el crecimiento que han tenido, ya que actualmente cuentan con laboratorios, bibliotecas, auditorios, dormitorios y todas las condiciones necesarias para el trabajo de campo, porque, aunque difiere de la investigación experimental, es una actividad que requiere de largas jornadas.

—¿Ha madurado la visión del doctor Tapia con respecto a estas disciplinas?

—No lo sé porque nunca lo hemos comentado —el ecólogo se preocupa por ser claro— y cuando digo no lo sé, es porque no lo sé y no estoy asumiendo que no lo haya hecho, no hemos tenido ocasión de charlar sobre esto — reflexiona un momento y continúa— yo me imagino que sí, porque de alguien muy cercano que conozco: Toño Peña, que pensaba exactamente igual, yo sí sé que ha cambiado bastante su visión en este sentido.

El doctor Sarukhán supone que, si Ricardo Tapia ha analizado lo que ha pasado en el estudio de la ecología, como la existencia de un centro que después se convirtió en el Instituto de Ecología o del Centro de Investigaciones en Ecosistemas en Morelia, entonces debe ser capaz de aceptar que esos estudios e investigaciones tienen otra dimensión y otro color.

Frenando con motor

Ricardo Tapia es un hombre sensible a los temas de arte, así lo reconocen sus amigos como Clorinda Arias que siempre lo ha considerado volcado en la cultura y la música. Le encanta la música clásica y es un gran lector, lee mucho. En alguna ocasión, el doctor Tapia dijo que el método científico experimental tiene cierta semejanza con el proceso creativo artístico, si se le pregunta al respecto, reconoce que es cierto que los experimentos requieren de un diseño, hipótesis y pruebas, pero considera que no todo es razonamiento frío.

—Muchos autores han tocado este tema, le llaman intuición científica y es que uno no investiga nada más cuando trabaja en el laboratorio o haciendo un experimento o cuando mientras lee o escribiendo un artículo, sino que en la cabeza se quedan siempre el cómo está haciendo las preguntas que quiere contestar.

En ocasiones, cuando se obtienen resultados inesperados, ellos como científicos no los dejan ahí al terminar el turno, se van al fin de semana o vacaciones, pero ese resultado se queda en la cabeza porque fue inesperado, dice Tapia:

— ¡Ah! ¿Qué pasó ahí?

Aunque no se esté pensando de manera consciente en asuntos de trabajo, éstos se quedan escondidos en la mente y brotan en el momento menos esperado brindando revelaciones a los investigadores.

—De pronto, en cierta circunstancia, en la regadera o mientras está uno comiendo con amigos o con la familia algo pasa y dices: ¡ah, pues es por aquí!

Este es un tema recurrente en libros sobre creatividad, así como casos conocidos de descubrimientos en experiencias oníricas. El más famoso, quizá el de Otto Loewi, quien encontró el neurotransmisor que hace que el corazón

de rana lata más lento, acción que le permite seguir haciéndolo aún después de extraído. Ricardo Tapia expone su caso:

—Cuando estaba trabajando con el GABA, este neurotransmisor inhibitor, soñé que este freno que metía el GABA era como frenar con el motor; cuando estás frenando con freno, lo quitas y dejas de frenar. En cambio, si metes el motor, constantemente se está frenando y eso es lo que pensé que el GABA hacía.

La idea pasó de la almohada al laboratorio y al tenerla dominada compartió el resultado del trabajo que publicó en una presentación durante un congreso en México. Le pidió a su hijo, que en esa época tendría alrededor de cuatro años, que dibujara un coche de bajada, sacó la diapositiva y la presentó en su trabajo para ejemplificar lo que pensaba que hacía el GABA como neurotransmisor inhibitor.

Es ahí donde la creatividad en las ciencias tiene un parecido importante porque un artista, por ejemplo un pintor, no se sienta o se para frente al lienzo para imaginar lo que hará, todo el tiempo piensa en arte.

—Claro —precisa Ricardo Tapia— también se necesita disciplina en el arte, igual que en la ciencia porque un pintor tremendamente inspirado y lleno de cuadros mentales, si no le dedica muchas horas nunca va a pintar.

La moraleja es clara: la disciplina y el oficio son fundamentales, igual que en la ciencia, quien no sabe trazar líneas pues nunca va a poder pintar.

La doctora Arias coopera gustosa para ampliar la reflexión del doctor Tapia:

—Plantear una hipótesis de trabajo tiene mucho de desarrollo intelectual, aunque en lo artístico a lo mejor predomina la parte intuitiva, más sensorial y creativa. En el lado científico, varias veces también es importante la intuición. La parte sensorial, la creación de una idea y ponerla en el contexto del conocimiento, en ese momento tiene los perfiles de un proceso creativo.

Otra etapa del trabajo donde se requiere inspiración es al momento de escribir los artículos científicos a decir de Arias:

—Al final uno tiene los geles, los resultados, la hipótesis, se debe lograr una versión final para presentar a la comunidad de una manera coherente, lógica, que siga cierta estructura de pensamiento acorde con los antecedentes de otros casos del tema y la propuesta que uno está haciendo.

Clorinda Arias también recurre al ejemplo de pintar un cuadro para hablar del proceso de sentarse a trabajar y a desarrollar, a través del intelecto, una idea, como ocurrió con el sueño de Ricardo:

—En este caso, una idea apoyada por datos científicos experimentales. Creo que se imaginaba que el cerebro funcionaba de manera controlada, a través de inhibiciones más que de actividad, o sea, la actividad de fondo pero con inhibiciones selectivas.

Divulgación: necesaria para la vida cultural

En alguna oportunidad, el doctor Tapia comentó que considera al conocimiento científico como un factor de transformación social. Esa función que institucionalmente busca la educación, se refuerza cuando se tiende un puente entre la gente de ciencia y el público en general, esa vía es la divulgación de la ciencia. Ricardo Tapia está convencido en que su objetivo es que la gente entienda y que le guste la ciencia, que no la considere como algo imposible porque no la comprende, cuando debe ser lo contrario, la ciencia es parte de la vida que él llama cultural. Se habrá ganado terreno cuando la gente pueda hacer las lecturas de la ciencia como lee una novela, ve una película o asiste a un concierto, eso es lo esencial de la divulgación. Agrega enfático:

—Que además se vea a los científicos como gente normal que trabaja y que hay buenos, malos y fraudulentos, igual que en todo.

Quiere que a la ciencia se le dé la importancia que merece por lo que ha logrado en el último siglo, por ejemplo, y señala preocupado que una sociedad sin conocimiento está perdida:

—De hecho, es lo que queremos ir a decirle a Calderón los miembros del Consejo Consultivo de Ciencias pero no nos ha podido recibir. Se debe lograr la cultura del conocimiento para tener una sociedad culta a estas alturas del siglo XXI.

El papel de las instituciones y sus instrumentos es esencial porque una sociedad que no basa su legislación en los conocimientos y en sus relaciones sociales, a juicio del doctor, nunca se va a desarrollar.

Reflexiones de bioética

Existen científicos que a pesar de serlo anteponen cuestiones religiosas a sus opiniones científicas y se muestran abiertamente conservadores. Del otro lado están los que son un poco más abiertos, como los involucrados en el Colegio de Bioética fundando el 22 de enero de 2003 por el mismo Tapia y Rubén Lisker, entre otros destacados investigadores, que sin necesidad de atacar a la fe, en el caso de los que la profesan, se abren a estos temas.

—Creemos que esa es una ventaja, eso no quiere decir que nos consideremos dueños de la verdad ética aunque sí que tenemos bases más sólidas, para que nuestras opiniones se oigan y se consideren, ese es uno de los objetivos del Colegio. Lo que queremos es justamente eso en todos los aspectos de bioética.

Ricardo Tapia amplía el punto y explica que es ciencia basada en el conocimiento, en informar, divulgar, discutir. Una aclaración que hace es que tampoco considera que en aspectos éticos dirán la última palabra y la única verdad, reconoce que nadie la tiene, pero sí piensa que por lo menos poseen la ventaja de que sus opiniones éticas están basadas en la información científica,

a diferencia de la ética basada en la religión o en ciertos conceptos filosóficos que, a su parecer, ya son superfluos.

Entrevista con Julio Scherer

Ricardo Tapia es un hombre involucrado con la divulgación de la ciencia. Ha escrito libros y participado en eventos variados. En un intento más por dar un espacio importante a la comunicación de los científicos con su sociedad, buscó a alguien cuyo nombre es referente automático de una etapa entera del periodismo impreso en México: Julio Scherer García. Ha pasado tiempo y muchos datos han desaparecido de la memoria, quizá es debido a la necesidad de bloquear esa frustración más que por simple olvido.

—Eso fue hace más de veinte años, ya no me acuerdo si era en el *Excélsior* o en *Proceso*, lo buscamos un grupo de investigadores con fracaso total — reitera— francamente no me acuerdo prácticamente nada de eso porque fue una reunión de cinco minutos.

La respuesta de Scherer fue que escribir de ciencia no sirve porque no se le puede asignar un espacio fijo. A pesar de la propuesta que no logró eco, al doctor Tapia le complace ver que finalmente la divulgación de la ciencia ya tiene un espacio fijo porque sí sirve, ahora muchos periódicos tienen secciones y noticias de ciencia.

Secundo la moción

¿Cuál es el trato entre los científicos y los políticos de nuestro país? Ricardo Tapia habla de la relación entre estos dos sectores con base en su experiencia personal y profesional:

—El meollo del asunto es que los legisladores deciden a veces sin saber sobre qué están decidiendo.

La historia es larga, es necesario contarla. La interacción formal entre científicos y legisladores comenzó con las participaciones de la Academia Mexicana de Ciencias y del Consejo Consultivo de Ciencias creado durante la administración de Carlos Salinas de Gortari. Ricardo Tapia inició su participación cuando era miembro del Comité de Medicina Genómica de la AMC y se comenzaba el proceso de creación del Instituto de Medicina Genómica. Más adelante se brindó otro escenario también para buscar entendimiento entre ambas partes al fundar el ya mencionado Colegio de Bioética.

—Basado en esta experiencia, diré que la enorme mayoría de los diputados, por lo menos en estos temas en que a mí me ha tocado participar, legislan sin tener la menor idea sobre los asuntos fundamentales de lo que es la investigación.

Uno de esos temas, bastante mediatizado por cierto, fue el de la clonación de células troncales donde se dio cuenta de que si apenas saben lo que es un óvulo y un espermatozoide, poco pueden saber de lo que es una clonación y mucho menos lo que son las células troncales embrionarias y a pesar del contexto hacen leyes llenas de prohibiciones.

No todo es cerrazón y arbitrariedad, hay legisladores conscientes de su obligación que buscan informarse del tema. Es justo reconocer que algunos de los diputados empiezan a tratar de enterarse mejor de las cosas. Cuando comenzó el debate entre legisladores con el tema del aborto en el Distrito Federal, algunos se presentaron en el IFC para hacer contacto con los investigadores, porque es una sede no oficial del Colegio de Bioética.

—Vinieron diputados del PAN, del PRI y del PRD de la Asamblea del D.F. a platicar con nosotros de la despenalización, hay que reconocer que sí hubo cierta apertura.

El Poder Legislativo no es el único, el Judicial también trata de hacer lo propio respecto al mismo debate, la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN)

también busca acercarse a los científicos. El doctor Tapia ha participado con sus conocimientos a través del Colegio de Bioética:

—Ahí publiqué un documento sobre el desarrollo del sistema nervioso intrauterino y por qué no se puede considerar que el feto sea persona sino hasta después de la semana veinticuatro.

Ante el recurso de inconstitucionalidad que interpuso la PGR, “y nuestro inefable defensor de derechos humanos José Luis Soberanes”, en noviembre de 2007 la SCJN nombró a cinco peritos para fundamentar la discusión con opiniones calificadas: Rubén Lisker fue uno; Jesús Kumate, ex secretario de salud, médico militar; María Cristina Márquez, una embrióloga de la Facultad de Medicina que Tapia conoce desde hace más de treinta años y de la que afirma es conservadora como católica; Fabio Salamanca, genetista y el mismo Ricardo:

—Nos encerraron en un cuarto a los cinco al mismo tiempo, cada uno con una secretaria en un escritorio y el ministro Sergio Salvador Aguirre, que llevaba el caso de la despenalización del aborto. Estuvimos cinco horas, todas las respuestas las consiguió Javier Flores y están publicadas en el foro que tiene *La Jornada*; las mías además se publicaron en la revista *Nexos* en diciembre de 2007.

Le alivia saber que las instituciones ya toman en cuenta a quienes poseen información útil y que no ha sido sólo una vez:

—Para todo este proceso nos están llamando, tuvimos un seminario que resultó excelente, organizado por el Colegio de Bioética y el Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ).

El evento se realizó en las instalaciones del IIJ y contó con la presencia de personajes destacados en el tema. Participó el doctor Jorge Carpizo quien publicó un artículo al respecto en el diario *Milenio*, así como el doctor Ricardo Tapia, también asistió una diputada del PAN que tuvo que aceptar

públicamente, ante los argumentos de los expertos, que el PAN en la asamblea, ya no va a estar en contra de estos temas; estuvo también Manuel Mondragón, el secretario de Salud del Distrito Federal. La ocasión debía ser aprovechada a toda costa, surgieron varios temas, el fundamental era el aborto, pero se tocaron aspectos sociales y filosóficos entre otros y los diputados, cuando menos algunos, están entendiendo que ya no deben legislar con base en sus creencias.

Los ejemplos entusiasman al doctor Tapia:

—La Suprema Corte está abriéndose más, se dio el caso de identificación de la paternidad por mecanismos de genética y sí llamaron a algunos genetistas de la Academia, de la Facultad de Medicina y de la Academia de Ciencias.

— ¿La apertura de estas instancias tiene nombre y apellido? Me refiero a que saber con quién se trata puede capitalizar los diálogos.

—Hay tres o cuatro ministros de la Suprema Corte que son sensacionales, justamente son los que están haciendo esto. José Ramón Cossío es el que más conozco, nos hemos reunido con él tres o cuatro veces y gracias a él dimos un seminario en la Suprema Corte.

En ese seminario se dio espacio a todas las voces porque es la esencia de estos ejercicios de democracia real, los que piensan distinto insistieron en que hubiera bandos de liberales y conservadores. Las sesiones alternaban a cada una de las partes, la postura de cada grupo sobre varios temas de bioética, eutanasia, clonación, aborto, investigación genómica. Ricardo Tapia reconoce que tarde o temprano, de una manera u otra, llegan a las cortes y a las cámaras los temas debatibles como paternidad y matrimonio entre homosexuales, afortunadamente los legisladores ahora saben que deben tener la información científica para tomar decisiones sobre bases razonables y no sobre creencias.

4. Clorinda Arias. A pesar de las coincidencias, hay diferencias

Aún cuando la palabra *fórmula* es usada todos los días en los laboratorios de investigación, en realidad no existe una *fórmula* estandarizada para formar investigadores. Cada uno de ellos es una historia diferente con matices propios. Eventos como estudiar medicina, revelaciones en experiencias con maestros o tocar puertas de laboratorios a corta edad son episodios semejantes en la vida de la doctora Clorinda Arias y en la de su mentor Ricardo Tapia. Esas coincidencias alimentaron el surgimiento de una relación académica, profesional y de amistad que se fue fortaleciendo debido, quizá en parte, a las diferencias.

¿Médico? No se preocupe, nadie es perfecto

—Cuando entré a la Facultad de Medicina en el segundo año cursé bioquímica y tomé el curso para instructores de bioquímica. Quedé como la ayudante del curso del doctor Tapia. Así lo conocí.

Con una firme e innegable convicción de convertirse en médico, como la del doctor Tapia, Clorinda también deseaba involucrarse más en la ciencia, al igual que él y a la misma edad. En el Departamento de Bioquímica le asignaron a su grupo, ella estaba interesada en hacer investigación, particularmente en neuroquímica y él era la persona ideal. Ella entendía que era un proceso, este era el primer acercamiento dando clases, luego acudió a su laboratorio cuando era estudiante de Medicina, para trabajar por las tardes, así fue como ingresó.

Si le buscó a él, no fue por saber acerca de su trayectoria, porque en realidad no lo conocía. Fue cuando definió su área de interés para hacer investigación que los encargados del Departamento de Bioquímica le dijeron que Ricardo Tapia era el mejor en el área de neuroquímica. Así fui conociendo de sus logros y su trayectoria. La primera impresión jamás se olvidó y se sigue confirmando al día de hoy:

—El doctor Tapia siempre ha sido una persona educada y correcta. Cuando llegué a plantearle la posibilidad de entrar a trabajar con él, en términos generales, la acogida fue buena.

— ¿Cómo fue esa acogida en términos académicos?

—Fue seria. Él me puso sobre aviso en el sentido de que era exigente y si yo quería entrar a trabajar con él, independientemente de que yo estuviera estudiando medicina, el compromiso era ir todas las tardes a hacer experimentos y tener un proyecto.

El doctor Tapia pidió a la joven estudiante que pensara bien si en realidad quería asumir ese compromiso, ella estaba tan segura de lo que quería como lo está ahora después de más de veinticinco años, así que no hubo mucho qué pensar.

Una vez integrada al equipo, en charlas acerca de su trayectoria, supo que se trataba de un médico que decidió no hacer clínica para dedicarse a la investigación. Él siempre comentaba que la medicina clínica era rutinaria y aburrida, le sugería que no lo pensara demasiado, que se quedara a hacer investigación, Tapia quería contagiarle el sentimiento de que la parte más importante de la medicina y de la biomedicina es trabajar en el laboratorio para tratar de entender qué es lo que está pasando, en este caso, en el cerebro.

Ricardo era franco en sus opiniones de la clínica y buscaba ser convincente en sus consejos, le sugirió a la joven Arias que permaneciera en el laboratorio para cursar la maestría y el doctorado, como a él lo había invitado el doctor Massieu. Por su parte, Clorinda Arias se planteó la duda y llegó a considerarlo, finalmente ella decidió hacer su internado, quiso experimentar más la clínica. A pesar de todo, el doctor seguía respetuoso de las decisiones, ya no las compartía, simplemente las respetaba. Las sugerencias seguían rondando a la joven:

—Hice mi internado clínico y luego regresé a hacer el servicio social, todavía dudaba un poquito porque la medicina hospitalaria sí me había atraído.

Al cabo de una profunda reflexión decidió cursar la maestría y el doctorado en el equipo de neurociencias:

—Me recibió con buena acogida.

—Así como usted, doctora Arias, fue asignada por el Departamento de Bioquímica de la Facultad de Medicina, existía la posibilidad de asistir a otro profesor después de un tiempo de trabajar con Ricardo Tapia. ¿Cuál fue la razón por la que decidió permanecer con el doctor?

—Cuando fui la ayudante de Ricardo me quedé realmente impresionada, él es realmente didáctico, sabe bastante bioquímica y es un excelente profesor. A mí se me aclararon muchas dudas a pesar de que yo era su ayudante, yo tomaba nota de lo que él decía por esas cualidades.

Ese es un gran mérito del doctor Tapia porque la materia de bioquímica no es de las favoritas de los estudiantes de medicina que ingresan a la carrera porque quieren oír de medicamentos, órganos e infecciones, y cuando alguien llega para hablarles de la constante de afinidad de alguna enzima del ciclo de Krebs, no les atrae a la mayoría. El doctor siempre busca interesarlos y sembrarles la idea de ir más allá y saber qué está pasando dentro de la célula y del proceso de entender cómo se genera el conocimiento, aunque Arias reconoce que la población de medicina no necesariamente es la más adecuada para este tipo de ideas, claro que hay honrosas excepciones:

—Alumnos brillantísimos. Curiosamente Ricardo tenía muchos alumnos médicos: Manuel Covarrubias, Miguel Pérez de la Mora y yo, entre otros.

He aquí una diferencia: a raíz de que el doctor Tapia vivió la experiencia que le hizo decidirse por la investigación y tuvo la oportunidad de entrar a trabajar en el laboratorio del doctor Guillermo Massieu, para él llegó a ser pesado tener que terminar la carrera clínica, sufrió porque llevaba tiempo involucrado en el mundo de la ciencia. En cambio, la doctora Arias disfrutó de principio a fin toda la carrera a pesar de estar involucrada también en la investigación.

“El encuentro con Ricardo marcó mi trayectoria académica”

Ahora una coincidencia: cuando Clorinda Arias cursó bioquímica le fascinó la idea de entender lo que pasaba al nivel de una reacción química, tratar de conocer cómo el proceso de la vida se podía presumir de manera compleja en toda la célula y las reacciones químicas que ahí se efectúan. De hecho, ella tomó el curso de instructores de bioquímica porque quería seguir haciendo bioquímica.

Aunque el detonador fue la oportunidad de involucrarse más a partir de esta materia en particular, desde antes, cuando entró a la licenciatura de medicina le había apasionado el mundo de la psiquiatría y de la neurología, lo que es el sistema nervioso, de tal manera que cuando conoce a Ricardo dando clases y supo que era neuroquímico, o sea que vinculaba la bioquímica y las neurociencias, ella se apasionó con la materia.

Al integrarse al medio de la investigación, la inquietud de estudiante se volvió un compromiso profesional. Una vez que Clorinda comenzó, experimentó una fascinación importante, sobre todo por la posibilidad de estar en un laboratorio en donde se hacía una ciencia seria y dedicada. El ejemplo lo ponía el doctor en todos los aspectos del trabajo:

—Siempre llegaba antes que nosotros y se iba después de todos, era difícil ganarle a la hora de irse por la noche. El encuentro con Ricardo, definitivamente marcó mi trayectoria académica.

Llegado el momento y como lo hiciera Ricardo en su oportunidad, la doctora Arias pasó de estudiante a formar parte de la nómina de la UNAM. Tomó una plaza de técnico académico en el laboratorio del doctor Tapia.

—Después me fui a Neurología, estuve casi siete años en un convenio que se firmó con el doctor Tapia, quien me propuso ir en su representación a organizar el laboratorio de neuroquímica en el Instituto Nacional de Neurología.

Mismo que en la actualidad es un laboratorio bien equipado, extenso, productivo y con una planta importante de investigadores. En un comienzo fue una oportunidad excepcional de desarrollo profesional para la doctora Arias, porque aunque la empresa fue encomendada a Ricardo Tapia, él supervisaba el laboratorio en visitas y, en ocasiones, hacía experimentos, sin embargo, ella estaba dedicada de tiempo completo al proyecto.

Il preferiti

Cuando la doctora Arias afirma:

—Hemos convivido a lo largo de más de veinte años y he visto pasar buena parte de la historia de Ricardo.

La oportunidad es inmejorable para plantear un tema delicado: los consentidos del doctor Tapia, la respuesta es diplomática a un tema que no pude plantear de otra manera:

—Yo sé que el doctor Tapia no tiene consentidos —la sonrisa de la doctora me indica que sabe a donde quiero llegar— y si los tuviera, estoy seguro de que no lo diría.

—Siempre fue agradable trabajar ahí porque siempre se percibió un ambiente de respeto al trabajo de cada uno, académico, riguroso, pero nunca vi ese tipo de situaciones.

Explica que en los laboratorios de investigación el ambiente a veces es intenso porque pasan ahí de ocho a diez horas y la semana puede ser hasta de siete días, sobre todo en la etapa de estudiante, es frecuente en varios laboratorios que haya roces con el tutor o con los demás compañeros, pero ella siente que en ese sentido en el laboratorio de Ricardo siempre existió un ambiente académico, serio y si tenía consentimiento él no lo hacía notar.

—Entiendo. Aunque, no es posible dudar de la presencia de estudiantes con los que Tapia sintiera afinidades personales y de carácter —ahora intento un tiro directo.

—Recuerdo uno que me parece que Ricardo apreció mucho —finalmente la doctora cede— fue contemporáneo mío: el doctor Manuel Covarrubias. Creo que reconocía su talento en el laboratorio y le hubiera gustado que Manuel regresara y se incorporara a lo que ahora es Fisiología Celular como investigador, no fue así, Manuel hizo una carrera exitosa en Estados Unidos.

Ya entrada en el tema le vienen otros nombres a la mente: el doctor Arturo Álvarez-Buylla que es un investigador destacado en Estados Unidos, también cree que había un vínculo especial de reconocimiento porque era talentoso, con futuro y Ricardo estuvo presente en su etapa de formación. Tras una pausa también recuerda a dos alumnos cuya ausencia es lamentable:

—María Elena Sandoval que falleció en un accidente con Rolando Lara, fueron cercanos y queridos por Ricardo, ambos alumnos de doctorado.

La puerta siempre abierta

Un afecto profesional más que une a Clorinda con Ricardo Tapia es que no sólo fue parte importante de su formación dentro del laboratorio, sino en general a través de su apoyo a los programas de posgrado. El doctor participó en el de Investigación Biomédica Básica. Él fue el primer coordinador, la doctora Arias pertenece a la segunda generación. Tapia echó a andar ese proyecto con entusiasmo, mucha gente egresó del proyecto de Investigación Biomédica Básica, que fue el antecedente para el doctorado en Ciencias Biomédicas.

—Siempre que empiezo a hablar de Ricardo quiero plasmar este orgullo y esta admiración —se sincera— cuando uno lo vive de manera cotidiana no lo percibe, es otra perspectiva, es mi maestro y ahora es mi amigo, mi colaborador. Cuando hago esa pausa nuevamente revive el orgullo y la presencia de decir: me formé con uno de los pioneros de la neuroquímica en México.

El valor de todos estos años lo da el pensar que en el trato cotidiano con Ricardo lo agradable siempre ha sido un diálogo de igual a igual. Se remite al inicio:

—Me acuerdo cuando entré al laboratorio, era un hombre muy joven, tendría treinta y seis años; yo tenía diecinueve. Decía que ahí todos nos hablábamos de tú y a mí me costaba un trabajo enorme porque a él le acababan de dar el Premio de Investigación de la Academia Mexicana de Ciencias y para mí era el doctor Ricardo Tapia. Tardé como un año en poder hablarle de ‘tú’.

Este rasgo es una cualidad que Clorinda Arias le agradece al doctor porque eso facilitó la oportunidad de contrastar ideas científicas y discutir las, así como compartir experimentos o incluso proponer innovaciones sin correr el riesgo de una imposición por parte del tutor. Los alumnos tenían la libertad de entrar a su oficina y decirle: Ricardo hice este experimento que se me ocurrió, mismo que era bien recibido, había apertura y discusión académica.

La amenaza de la bata blanca

La entrega del doctor Ricardo Tapia siempre fue manifiesta y en más de una ocasión causó asombro en sus alumnos:

—Me acuerdo que en los primeros meses que entré al laboratorio, Manuel Covarrubias estaba realizando un experimento importante porque estaba viendo la actividad de la descarboxilasa del ácido glutámico, la enzima que sintetiza el GABA, bajo ciertas condiciones particulares que le interesaban mucho a Ricardo en ese momento y se fue la luz.

— ¿Un apagón?

—Antes los había a cada rato —continúa— Manuel tenía que hacer una incubación y parar la reacción en un baño en movimiento. Cuando quedamos sin energía eléctrica, Ricardo salió y se puso a agitar los tubos de ensayo mientras Manuel iba poniendo los diferentes reactivos para que el experimento saliera bien.

Difícilmente se borrara de la memoria de Clorinda Arias la imagen del doctor volcado sobre los tubos con su bata.

Esa bata blanca, por cierto, era como una alerta para los estudiantes a quienes les asustaba un poco cuando se la ponía porque empezaba a participar en los experimentos de todos ellos. Como cabeza del equipo e investigador titular el doctor estaba dedicado a la redacción de los artículos, por eso el primer estudiante que lo veía, pasaba la voz:

—El doctor Tapia se puso la bata —Arias lo revive con el mismo nerviosismo— quiere hacer experimentos. ¡Ahí viene!

Por si quedaba duda, aquí hay una prueba más de la dedicación del doctor:

—Recuerdo con mucho orgullo que a mí Ricardo me enseñó directamente con sus manos a hacer experimentos.

—Él es un fiel creyente de la enseñanza tutorial.

—Él estuvo conmigo, montamos una técnica para trabajar con terminales nerviosas aisladas, fue lo primero que hice y Ricardo me enseñó desde ir por los ratones y cómo manejarlos, esa es una imagen presente que tengo, Ricardo con su bata blanca enseñándome a hacer el primer experimento.

Vale la pena destacarlo porque en estos tiempos, por ejemplo, los alumnos que se van integrando al laboratorio de la doctora Arias, son encargados a los alumnos de doctorado en la parte experimental mientras que ella supervisa su desarrollo académico.

¡En esta esquina..!

Quien ha convivido con Ricardo Tapia por varios años, ha tenido la oportunidad de debatir con él y aprender que, aunque la charla suba de tono, se trata de un ejercicio de opinión. Así lo avala Clorinda Arias que recuerda una ocasión en que el equipo de neurociencias fue invitado para dar una plática acerca de epilepsia en Valle de Bravo durante una reunión de neurólogos. Decidieron viajar juntos en el coche de Ricardo, durante el camino, discutieron acerca de la primera huelga que gestó el movimiento del CEU. El debate fue acalorado, cada cual tenía un punto de vista opuesto al otro.

—Pensé que me iba a bajar a la mitad de la carretera —en el rostro de la doctora se dibuja la angustia por la que debió pasar en ese momento— finalmente llegamos a Valle de Bravo, él dio la primera parte de la plática, yo di la segunda y después nos fuimos a comer con todo el grupo platicando de ciencia y de la academia de la manera más familiar y amable, porque así era.

¿Es eso goma de mascar? —No profesor (pop)

De las memorias que a la doctora Arias le gusta compartir, una es lo que ocurría en el laboratorio cuando era estudiante de medicina. Cuando acudió por primera vez a la oficina del doctor Tapia para plantearle la posibilidad de integrarse a su equipo de investigación, él fue muy enfático con respecto al compromiso adquirido:

—Si estudias medicina es porque tú quieres, aquí el trabajo del laboratorio es prioritario.

Ella debía asistir todas las tardes, independientemente de lo que ocurriera con sus estudios.

—Casi mi licenciatura era como mi hobby —Clorinda Arias aún lo ve con humor— mi trabajo real, para Ricardo, era estar en el laboratorio.

Ella siempre cumplió con sus obligaciones. Incluso los días de exámenes, cuando por las tardes tomaba su libro para estudiar, mismo que escondía bajo un artículo científico al sentir cerca los pasos del Ricardo. Clorinda no quería que su tutor la viera estudiando medicina. Aún cuando el doctor nunca la descubrió, la idea de ser descubierta aún le sonroja:

—Nunca me dijo nada, evidentemente, pero la prioridad era hacer ciencia, trabajar.

Cuando la doctora Arias se independizó, hace aproximadamente diez años, sometió a la consideración del doctor Tapia el primer artículo que se desarrolló en su laboratorio. Ella no se hubiera sentido bien si Ricardo no le daba el visto bueno, respetuoso lo leyó, no hizo demasiadas anotaciones, sólo hizo observaciones generales. Considera que es duro en sus opiniones y lo agradece porque para eso es la discusión, que es más útil que la actitud complaciente.

—Para mí era importante que Ricardo revisara ese primer artículo, ya no como coautor sino como colega porque siempre es importante demostrar, cuando uno se independiza, que saca los trabajos sin el tutor que los formó. Yo no lo hubiera hecho de otra manera.

Legado

Los años pasaron y los esfuerzos de Ricardo Tapia como tutor lograron su cometido en la doctora Clorinda Arias y su laboratorio, que en la actualidad es de los más activos del Instituto de Investigaciones Biomédicas. Esa constancia en el plano profesional ha alimentado una relación cordial y constante. Los dos siguen vinculados porque en el sistema de Doctorado en Ciencias Biomédicas se emplea el modelo de tutorías: para cada alumno hay un tutor titular y los cotutores que se reúnen una vez cada semestre para discutir el trabajo. Arias es parte del comité tutorial de una de las alumnas de Tapia, también ha sido revisora de tesis de algunos de sus alumnos y él ha sido parte del comité tutorial de sus estudiantes.

—Estamos en discusión constante de los proyectos que se realizan en su laboratorio y los que se hacen en el mío. Seguimos discutiendo de ciencia y seguimos aportando en ambos sentidos porque es lo interesante de este proceso.

Alumna, ayudante, colaboradora, coautora, colega y amiga, el mensaje que Clorinda Arias quiere transmitir acerca de Ricardo Tapia es claro:

—Es uno de los pilares de la universidad, uno de nuestros grandes maestros universitarios. De esos que siguen con un alma joven porque su laboratorio sigue productivo. Uno entra al laboratorio y al ver a los estudiantes parece que no pasa el tiempo. Muchos de los que de jóvenes fuimos sus estudiantes, ya cumplimos cincuenta años, en la actualidad el laboratorio está lleno de alumnos, eso habla de lo que él es y lo que ha sido su trayectoria. Es un hombre que ama profundamente a la universidad y a su carrera en ciencias, es un hombre comprometido con la institución, siempre ha estado orgulloso de pertenecer a la UNAM. Ha tenido reconocimientos y estoy segura que el más importante de todos es formar parte de la Universidad Nacional y ser uno de los maestros pilares de ella; de los que han abierto camino y que la han mantenido en el lugar tan importante que tiene ahora.

5. Pasantes y Tapia ¿vidas paralelas?

La doctora Herminia Pasantes es contemporánea del doctor Tapia, conoce su historia porque ocurrió a la par de la propia, por ello lo entiende, porque muchas son experiencias que a ella misma le han tocado vivir. Para los estudiantes de la UNAM, hablar de uno de ellos generalmente significa tener que mencionar al otro y cuando estos investigadores se reúnen a charlar en cualesquiera de los dos laboratorios, la escena se vuelve una postal inolvidable.

Ella antes de ingresar al equipo del doctor Massieu colaboró en el laboratorio de la doctora Amelia Sámano cuyo campo era la embriología, sólo se hacía observación para detectar los cambios morfológicos, Pasantes supone que en ese momento era importante conocerlos, aunque ella quería algo más dinámico y la bioquímica le pareció el tipo de trabajo que estaba buscando.

La doctora Pasantes estudió la carrera de Biología. En aquel tiempo los biólogos en realidad no tenían más que dos caminos posibles para su desarrollo profesional: la enseñanza y la investigación; al decir enseñanza se refiere a dar clases en la preparatoria de tiempo completo; la otra opción era investigar para buscar especies nuevas debido a la inmensa biodiversidad que hay en el país. Se requería ser biólogo tenaz e ir a alguna región no explorada para encontrar especies nuevas, eso era atractivo pero a ella le interesaba más hacer investigación en biología experimental.

En el proceso entendió que las clases van de la mano de la actividad que más le llena y ahora sabe que la investigación se complementa bien con la docencia y viceversa, cuestión que dista mucho de sólo dar clases como única actividad porque eso pone a los biólogos bajo el riesgo de limitar la expansión del conocimiento. Herminia Pasantes tenía claro que no quería ser maestra de preparatoria toda su vida. La opción lógica era la investigación y sólo trató de encontrar lo que le interesaba y así fue que entró al laboratorio.

Encantada, joven Tapia

A pesar de que varias décadas han pasado desde que los dos fueron alumnos del doctor Guillermo Massieu, aún se le guarda respeto a su nombre y a los grados académicos, por eso la doctora Pasantes se corrige al recordar los primeros días del joven Ricardo con ellos:

—Cuando él llegó creo que sabía tanto o más que el doctor Massieu acerca del GABA. Digamos que igual.

Desde el inicio hubo cordialidad. Se llevaban bien. Él siempre le encendía los aparatos porque a ella no le gustan:

—Le decía, por favor enciéndeme el fluorómetro y el espectrofotómetro y revisa que esté bien la centrífuga.

También tenían buena interacción intelectual en los trabajos que realizaban. Herminia lo considera un buen compañero porque así lo ha demostrado durante todo este tiempo, porque hasta antes de ocupar los laboratorios actuales en el IFC siempre habían estado en el mismo laboratorio o en laboratorios contiguos:

—Estuvimos cerca porque todo lo comentas con el de al lado.

— ¿Qué me puede decir de las credenciales de Ricardo Tapia?

—Para alguien que ya tiene una carrera en investigación esos son trámites que se van realizando, instancias que hay que cumplir. Él fue un investigador nato, siempre lo tuvo claro desde los dieciocho años.

—Por lo que me he enterado, desde joven tuvo rasgos de líder, quizá porque las circunstancias lo obligaron.

—Cuando el doctor Massieu se fue, él tomó las riendas definitivamente en el laboratorio, de eso no hay duda, era el primero y ese suele ser guía.

Pásame la dos

Las siguientes líneas son oro molido para los estudiantes que por generaciones han sentido el rigor de una formación con científicos como Herminia Pasantes y Ricardo Tapia, la confesión la hace ella misma. Cuando los dos hacían la Maestría en Bioquímica, había que hacer el análisis y la identificación de ciertos compuestos como parte de uno de los cursos.

—Los profesores nos daban unos polvitos en el año y nosotros teníamos que identificarlos —recuerda la doctora.

Ella realizó todas las pruebas, al llegar la fecha del examen no supo cómo resolverlo y lo reprobó. Pasantes tuvo que volver a tomar ese curso, en el que coincidió con el joven Tapia que había inscrito sus materias en un orden tal que en ese año empataron. Los dos estudiantes realizaron el análisis de los polvitos, vino nuevamente el examen teórico. Tapia y Pasantes tomaron sus lugares para responderlo.

—Lo voy a reprobear, no lo sé resolver —dijo la joven estudiante cuando vio la hoja de preguntas, recurrió a su compañero— voy a reprobear este estúpido examen, por favor, déjame copiar.

—Espera —Ricardo sacó un papel, copió las respuestas y se lo pasó— toma —así ella aprobó el curso.

¿Puede comenzar mañana?

Las aportaciones hechas por Ricardo Tapia a la UNAM y a la ciencia, en general, están a la vista en la infraestructura que ayudó a conseguir, en los programas de licenciaturas y posgrados en los que ha participado, en los numerosos artículos publicados en las principales revistas de ciencia del mundo en las cuales ha fungido incluso como editor y sobre todo en los científicos que ha formado con carreras productivas en varias partes del mundo. Otra aportación hecha por el doctor Tapia fue a través de los científicos que contrató, entre ellos Herminia Pasantes que presenta su testimonio:

—Una cosa que sí quiero dejar clara es que cuando me fui a hacer el doctorado a Estrasburgo, regresé en septiembre de 1973 contratada como investigadora de tiempo completo. Él me puso mi laboratorio a punto, de tal manera que llegué a empezar a hacer experimentos al otro día. Eso es algo importante que muestra, por un lado, su responsabilidad como jefe porque cuando trae a un investigador de fuera ya lo pone en condiciones de que pueda trabajar y por el otro lado, el apoyo que brinda como compañero.

Herminia Pasantes, al igual que Ricardo Tapia, valora la oportunidad de haberse formado en un laboratorio, por eso ambos son entusiastas en el día a día de sus actividades como investigadores y docentes. Para la doctora la importancia radica en lo estimulante que es para los estudiantes estar en contacto con los investigadores y les anima a incorporarse a las tareas de investigación, además de que la visión de un investigador-profesor es más amplia que la de una persona que sólo se dedica a preparar sus clases buscando material en los libros de texto ya publicados, un investigador en general, ante todo de método, tiene una dinámica especial.

¿Usted qué opina?

Acerca del papel de Ricardo Tapia como funcionario de la Universidad y su rol como administrativo, la doctora Pasantes considera que es algo que los investigadores no buscan pero que tarde o temprano encuentran.

—Eso nos toca porque somos más investigadores que años y nadie quiere ser jefe porque lo distrae de las tareas de investigación.

— ¿Con qué ánimo lo enfrentan?

—Es una labor de servicio, así la consideramos, nadie quiere.

Del doctor recuerda que fue jefe del Departamento de Biología Experimental y luego del de Neurociencias ya cuando estaba conformado como instituto. Al igual que muchos colegas, la doctora Pasantes lo considera un buen investigador y a eso atribuye que siempre ha tenido los apoyos necesarios para su actividad científica, también reconoce que su temperamento y sus

conceptos de institución le han puesto en eventos que los demás investigadores prefieren evitar.

—Él ha tenido roces con la autoridad, no en lo que se refiere a su investigación, sino a las metas y a las formas que él piensa que la UNAM debe tener.

— ¿Esas formas son las adecuadas?

—Siempre tiene razón, eso lo reconoce todo el mundo, él es una persona que considera que la educación universitaria tiene que ser sólo para los que son capaces de aprovecharla y no que estén los estudiantes fósiles utilizando los recursos de la sociedad.

—Suenasensato, ¿cuál es el problema?

—Su visión de cómo debe desarrollarse la educación superior y la investigación en México es adecuada, pero desafortunadamente poco real para el medio en el que vivimos —la crítica la hace con mucho respeto— son esos extremos los que hacen que no sea fácil que él acceda a posiciones de poder, que en el fondo, no creo que le interesen, porque para eso se necesita ser menos blanco y negro, lograr la tolerancia que él nunca ha querido tener, aunque todos reconocemos que su posición es correcta, pensamos que no es real porque son ideas que no se van a poder llevar a cabo, no vale la pena entrar en conflicto en la universidad con esa postura.

Sacré bleu

Los doctores Pasantes y Tapia han tenido la oportunidad de llevar esa camaradería y afecto fuera del laboratorio y compartirlo con las familias.

—Éramos buenos amigos, de hecho su primera esposa era de los *scouts*, nos conocíamos todos.

Los paralelismos no sólo han ocurrido en la vida profesional, otro tanto se ha dado en lo personal:

—Él se casó seis meses después que yo, tuvo su primer hijo seis meses después que el primero mío y su segundo hijo después que el segundo mío, nosotros tuvimos una trayectoria familiar cercana y nos veíamos mucho.

Los dos matrimonios ocurrieron en 1965, el primero en abril y el segundo en octubre. De los vástagos, los de la doctora nacieron en este orden: mujer y hombre, mientras que los del doctor son hombre y mujer. Las edades coinciden y eso facilitó las convivencias memorables aunque también hubo desventajas:

—Recuerdo un viaje interesante y loco que hicimos cuando él estaba en Londres y yo en Estrasburgo con nuestros respectivos esposos e hijos. Se nos ocurrió en pleno invierno hacer un recorrido sobre las catedrales góticas de Francia, hacía un frío, ¡pero qué frío! E íbamos arrastrando a los niños, que tendrían cuatro y seis años, de catedral en catedral, había una nieve 'del demonio', pasamos el fin de año casi helados en nuestra casa.

Tuvieron una relación familiar cercana, un ejemplo se dio en el verano de 1985 que los niños Tapia pasaron con ella y su familia cuando vivían en Nueva York, se divertían mucho en excursiones, precisa que sí hubo una relación familiar, no extremadamente cercana, pero sí constante.

N. R. D. A.

De las pocas diferencias entre la carrera de Herminia Pasantes y la de Ricardo Tapia una fue la manera como lograron doctorarse. Hicieron la maestría juntos, pero ella no pudo cursar el doctorado porque nació su hija y el coordinador del posgrado no le permitió inscribirse. Suena absurdo, pero se debe tomar en cuenta que era la década de los 60.

—Me dijo que la maternidad y el doctorado son incompatibles. Claro, estamos hablando de hace cuarenta y dos años porque ahora ni él se hubiera atrevido ni yo me hubiera dejado.

Se trataba de un hombre poderoso y no había manera en que lo enfrentara, aunque le explicó que su mamá cuidaría a su hija para estar todo el tiempo necesario en el laboratorio. Tuvo que buscar oportunidad fuera de México, obtuvo su doctorado en Estrasburgo, Francia y fue en Ciencias de Estado Francés.

¿Qué va a hacer?

La otra gran diferencia entre Tapia y Pasantes es la razón por la que ella se involucró en las neurociencias y la manera como se integró al equipo del doctor Guillermo Massieu. Con una leve oscilación de su cabeza afirma que ella investiga el cerebro por casualidad. Está segura de que muchas cosas son casuales porque un día ella estaba en el pasillo del Instituto de Biología, donde el laboratorio de embriología estaba junto al del doctor Massieu, el doctor pasó y al verla preguntó:

— ¿Qué está haciendo? ¿Ya terminó su tesis?

—Ya terminé.

— ¿Y qué va a hacer?

—Pues no sé, no me quiero quedar en este laboratorio.

—Venga conmigo.

Herminia considera casual que la invitación fuera para ella, mas no lo fue que el doctor Massieu invitara a estudiantes a participar en su laboratorio. Es propio

de la investigación, es poco común que un investigador esté solo, aislado y que no quiera tener alumnos. No deja de ser curioso el hecho de que así como Ricardo tuvo que llegar a tocar la puerta de bioquímica, a ella la fueran a invitar hasta la del laboratorio donde estaba.

Finalmente, toda carrera, por exitosa que sea, tiene un ciclo y habrá que cerrarlo llegado el momento. Por fáciles o difíciles que hayan sido los comienzos, por arduas y demandantes que hayan sido las jornadas, por divertidas que sean las anécdotas que se forjaron en los planos profesionales y su consecuente convivencia personal, es necesario reconocer la necesidad de dar paso a otras generaciones con retos propios y con logros que alcanzar, siguiendo el ejemplo de estos grandes maestros usando el talento de cada cual.

— ¿Qué sigue, doctora Pasantes?

—Ahora vamos a caminar juntos, todo parece indicar, hasta el final de la vida. Vamos a enfrentar los problemas de jubilación. ¿Jubilación o no jubilación? ¿Trabajar hasta que te mueras en el lecho del laboratorio o en algún momento dejar el lugar a la gente joven? ¿Irte a tu casa? ¿Irte a tu casa a hacer qué? Todos esos son nuestros problemas y seguro los vamos a vivir juntos porque aunque él tiene como cuatro años menos que yo, él entró antes y hemos seguido una carrera paralela.

Toda una vida brilla en la mirada de la doctora tras esas gafas por las que ha visto incontables experimentos, artículos y alumnos:

—Pues eso sí nos va a tocar juntos como el matrimonio, los hijos, los premios —se escapa un suspiro— en todo hemos ido paralelos.

De hecho, cuando concursaron para el Premio Nacional de Ciencias y Artes esperaban que se les otorgara a los dos, el comité no aceptó. Pasantes lo ganó primero y luego lo recibió Tapia aunque ella considera que hubiera sido bonito porque siempre han estado juntos en todo. Es franca al pensar en el retiro del doctor Tapia:

—Creo que él es de los que se van a morir en la mesa del laboratorio, yo no pero él a lo mejor sí.

Herminia Pasantes ama su carrera, su labor y lo que le significa. Ya se prepara para dejarlo o por lo menos hacer reajustes que permitan la renovación que en cierta medida llega a ser necesaria. Quiere, en algún momento, quizá no irse a su casa, sino dejar el laboratorio para que alguien joven siga la investigación mientras ella se concentra en escribir libros, quizá en la misma oficina que ocupa en el IFC.

Como si no quisiera despedirse de esta semblanza, una memoria más que es ejemplo de las empatías y las conexiones entre estos dos universitarios aparece para dibujar una línea más del retrato de Ricardo Tapia Ibarguengoytia:

—Me acuerdo de una cosa divertida. Mi esposo trabajaba en una tienda y él me llevó el libro de *Cien años de soledad*, que acababa de llegar. El proveedor lo había entregado en ese momento.

— ¿Qué ocurrió entonces?

—Lo empecé a leer y no podía creer lo que estaba leyendo, me parecía verdaderamente impresionante, interesante, original, increíble. En cuanto lo acabé le dije: por favor lee esto y dime qué piensas. Él era a quien yo acudía para ver qué libros interesantes había, así que cuando lo empezó a leer tuvo exactamente la misma reacción que yo, cuando nadie en México sabía de *Cien años de soledad*.

Innovadores hasta en la lectura, maestros, compañeros y amigos, quien ha tenido la oportunidad de conocerles y tratarles entiende mejor la importancia de nuestra máxima casa de estudios. El sólo hecho de tener una charla con ellos provoca querer estudiar más y más. Todas las preguntas del universo vienen a la cabeza y con ellas la confianza de que todas las respuestas se pueden encontrar tarde o temprano y que incluso se habrán de hallar cosas que no se

buscaban y que tendrán un valor igual en el proceso investigación-enseñanza-aprendizaje.

Epílogo

¿Qué balance queda al terminar esta semblanza? Inicialmente debo referirme a un par de situaciones que me causaron cierta frustración aunque de ninguna manera afectaron al resto del trabajo realizado. Una de ellas fue la posibilidad de entrevistar a los hijos del doctor Tapia. Adriana radica en San Miguel Allende, tuve un par de llamadas telefónicas con alguien que trabaja para ella con la intención de concertar una cita, desafortunadamente, su agenda y un viaje con su esposo e hijos anularon toda posibilidad de charlar antes del cierre de edición de este trabajo. Con respecto a Ricardo Tapia Parrilla, fue aún más complicado localizarlo para pedirle la entrevista debido a que radica en Indianápolis, una vez acordado el encuentro me las habría arreglado para llegar hasta allá, sin duda alguna, pero no tuve la oportunidad. ¡Mecachis!

Mauricio Tapia Ibarguengoytia, quien vive en Baja California, me respondió por correo electrónico el cuestionario que le planteé. Sus respuestas fueron amables pero parcas, ambiguas y cortantes, estoy seguro de que al tenerme enfrente su actitud hubiera sido otra, o por lo menos eso quiero pensar para aliviar la mentada frustración.

De manera general es justo decir que, superadas las limitantes, fue mayor el aprendizaje y la práctica. Como se destaca en la introducción, la entrevista cuenta con tres momentos que son: la preparación previa, la ejecución y la edición. Escribir una semblanza como la que he presentado implicó entrevistar tres veces a Ricardo Tapia y una vez a cada uno de los demás universitarios de cuyas conversaciones aparecen diálogos a lo largo de la misma. Espero darme a entender. Cada una de todas las entrevistas realizadas implicó sus tres pasos de rigor, pero todas ellas fueron realizadas en tiempos diferentes. Es decir, cuando hacía el paso dos de alguna, estaba en el paso uno de otra y quizá en el tres de otra más.

Ahora me siento hábil para hacer las entrevistas necesarias y aprovechar lo que ocurre en el proceso de una para mejorar lo de otra porque, a final de

cuentas, todas están relacionadas y eso es verificable al momento de leer la semblanza y tener varios puntos de vista de los diferentes entrevistados en un mismo apartado de algún capítulo.

Otro aspecto que debí reforzar bastante como periodista fue la responsabilidad con la que manejé los datos obtenidos de las diferentes fuentes, principalmente a través de las entrevistas. Un ejemplo de eso: si uno de mis entrevistados era indiscreto con algún dato que pareciera de relevancia, yo debía cuidar que ese dato no se transcribiera como indiscreción. Lo que consideré justo fue buscar la confirmación del tal dato para justificarlo con pruebas y referencias válidas, en los casos en que no fue posible, simplemente los deseché.

El motor principal de todo esto ha sido la inquietud por involucrarme en la divulgación de la ciencia a través del trabajo periodístico. He sido reiterativo en diferentes partes de la semblanza y no quiero causar el hartazgo en el lector. La divulgación de la ciencia es necesaria para el desarrollo de la sociedad en su conjunto y para los individuos en lo particular. Suena como un asunto difícil, no lo es en realidad. Transmitir el conocimiento de la ciencia es posible, basta con algo de ingenio en el periodista y un poco de disposición por parte del receptor.

Para el lector curioso seguramente existe una duda: ¿quién es el investigador por el cual llegué hasta Ricardo Tapia? Aunque se trata de alguien que lleva varios años dedicado a la ciencia, apenas se encuentra en el inicio de su carrera, es pronto para hablar de él. Aún tengo el privilegio de gozar los temas científicos en sus charlas y confío en que así será por muchos años más. Estoy seguro de que este orgulloso miembro de un destacado equipo de investigación mexicano pronto aportará a la ciencia conocimientos importantes con el resultado de su trabajo diario. Como periodista mi compromiso será contar su historia y la de sus experimentos, esa misión la asumo gustoso y entusiasmado, esperanzado con la oportunidad de participar más en estos temas a lo largo de mi vida profesional.

Finalmente con respecto a los investigadores, como Ricardo Tapia, quiero decir que ver su entrega diaria, conocer su convicción, sentir el apoyo que brindan a cualquier universitario sin importar el plantel de procedencia o la carrera, provoca un nudo en la garganta y la voluntad de convertir en acciones el amor que cada uno es capaz de sentir por la UNAM.

Por mi raza habla la historia; hablan todas y cada una de las disciplinas que alberga, desde las más rigurosas hasta las más sensibles. Por mi raza hablan los conocimientos alcanzados y su aplicación práctica en el mundo; habla una sociedad, a veces solapadora, pero la mayoría de las veces crítica. Por mi raza hablarán los resultados del proyecto de universidad que se ejecuta el día de hoy, así como hablarán los perfiles de cada uno de los miembros de esa comunidad universitaria que contiene tantas identidades como estrellas en el cielo. *Por mi raza hablará el espíritu.*

Fuentes de consulta

Bibliográficas:

Bollegui, Eguidazu (Tesis), *El periodismo y la divulgación científica. Caracterización, finalidad y perspectiva*, Escuela de Periodismo "Carlos Septién". México. 1987.

Bolum, J. P., *Experimental Neuroanatomy*, IRL Press, New York, 1992.

Cantavella Juan, *Manual de la entrevista periodística*, Ariel Comunicaciones, Barcelona, 1996.

Del Río Reynaga, Julio, *Periodismo interpretativo. El reportaje*, Trillas, México, 2005.

Leñero, Vicente y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 1986.

Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 2003.

Pérez Guzmán, Yazmín (Tesis), *La trascendencia de la formación de divulgadores científicos: el caso de la prensa escrita*, FCPS UNAM, México, 1988.

Voet, Donald, *Bioquímica*, Omega, Barcelona, 1990.

VVAA, *Instituto de Fisiología Celular. XXV aniversario*, UNAM, México, 2005.

Audiovisual:

Ricardo Tapia, La exploración de las neuronas. Serie Maestros Detrás de las Ideas, Productora Dolores García Ávila, Ciudad Universitaria, TEVEUNAM, 2006. 27min.

Vivas:

Arias, Clorinda. Investigadora del Instituto de Investigaciones Biomédicas. Ciudad Universitaria. 19 de febrero de 2008.

Pasantes, Herminia. Investigadora Emérita del Instituto de Fisiología Celular. Ciudad Universitaria. 20 de febrero de 2008.

Peña, Antonio. Investigador Emérito del Instituto de Fisiología Celular. Ciudad Universitaria. 7 de febrero de 2008.

Peña, Fernando. Investigador del Centro de Investigaciones de Estudios Avanzados, sede Sur. Ciudad de México. 6 de agosto de 2008.

Sarukhán, José, Investigador del Instituto de Ecología. Ciudad Universitaria. 8 de agosto de 2008.

Tapia, Ricardo. Investigador Emérito del Instituto de Fisiología Celular. Ciudad Universitaria. 17 de enero y 7 de febrero de 2008.